
3 1761 03580 0705

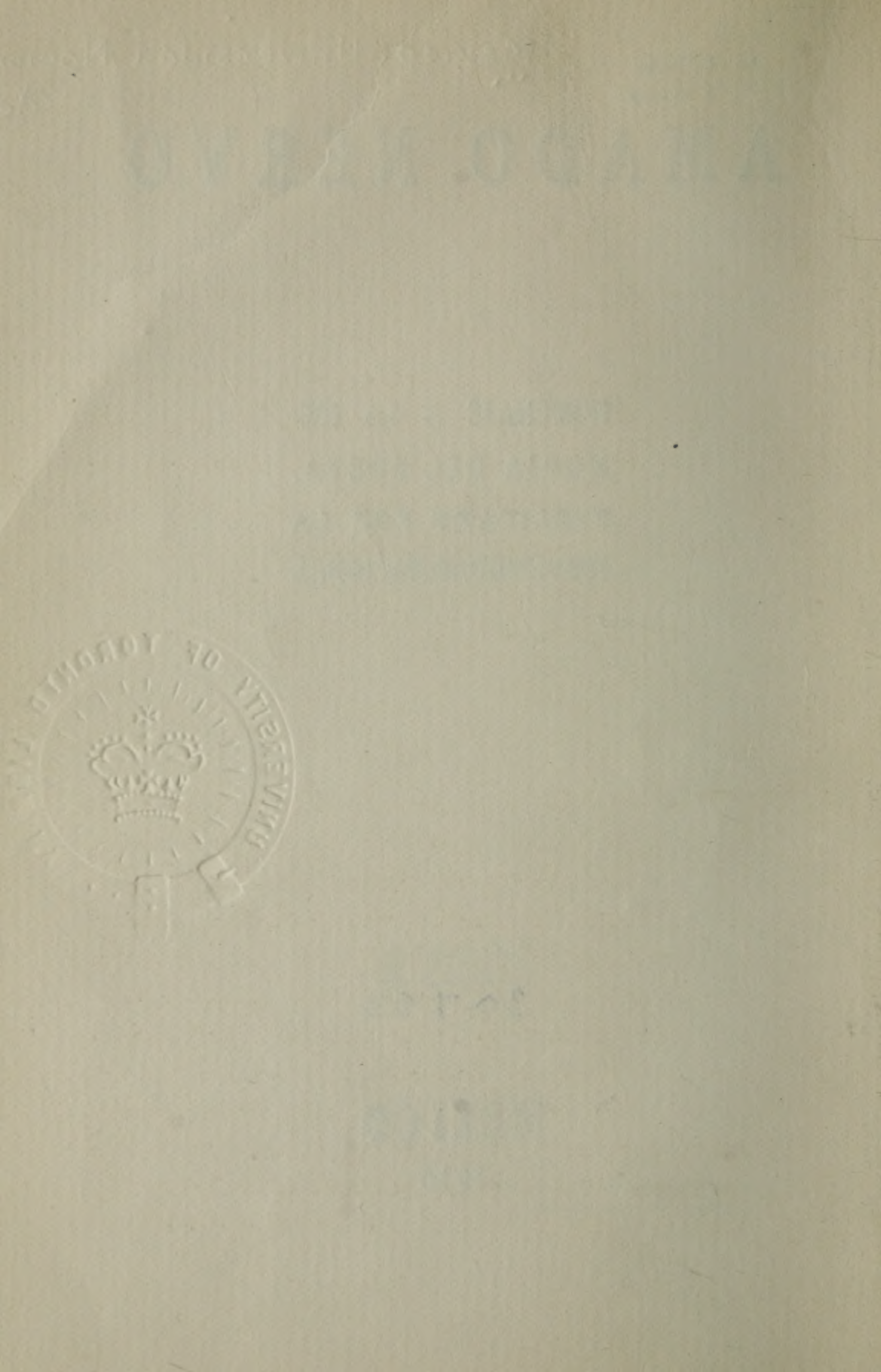
HOMENAJE A AMADO NERVO

IMP. FRANCO-MEXICANA S. A. - 1A. ACADEMIA 10

AMADO NERVO

HOMENAJE A LA MEMORIA DEL POETA, PUBLICADO POR LA UNIVERSIDAD NACIONAL

MEXICO
1919



Fué cordial y grandiosa la participación de la Universidad Nacional de México en el homenaje tributado al alto poeta Amado Nervo.—Gracias a las ceremonias de elocuente significación cultural organizadas por el eminente Instituto, los marinos que nos visitaron llevarán a sus respectivas naciones un mensaje cordial en que palpita la poderosa aspiración del progreso del pueblo mexicano.

CONTADAS ocasiones habránse presentado en el agitado y tumultuoso desarrollo de los múltiples acontecimientos que integran la amplia vida nacional, jamás tan desbordante y fecunda como al presente, en que haya podido ponerse más significativamente de relieve la noble y patriótica misión de la Universidad Nacional, como la deparada con motivo de los funerales del inmenso poeta Amado Nervo, sobre cuyos restos venerandos han llorado inconsolablemente todos los pueblos del continente latino-america-

no, desde el instante en que cerró los ojos para siempre, hasta el momento en que rodeado por una muchedumbre de altos funcionarios oficiales, de reconocidos intelectuales, de distinguidos diplomáticos y bajo el amparo de cuatro banderas gloriosas y fraternas que aleteaban y se estremecían como en un último y cariñoso adiós, bajó a la tumba, abierta en el regazo mismo de la Patria que él tanto amó y por cuyo prestigio luchó tan noblemente mientras peregrinó por el mundo.

Los funerales de un poeta, y de un poeta como Nervo que no sólo puede considerarse nacional por la tendencia siempre patriótica de su eximia labor y porque los ecos de su fama de excelso panida llenaron bien pronto todos los ámbitos del país, sino especialmente porque en sus cantos, en sus filosofías generosas, en sus amables y dulces parábolas, se concretó de modo indefectible y maravilloso la perenne aspiración de su pueblo hacia una vida colectiva que toda se desarrollase bajo la sonrisa armoniosa del amor y del bien, son funerales en que debe culminar, como afirmación vigorosa y consciente, la religiosa emoción de todo un pueblo, que si posa desolado sus miradas en los tristes despojos que evidencian los ineludibles fracasos de la materia, abre también su alma en el vuelo de aspiraciones que no conocen límite porque tienden al infinito, y se desparrama por los anchuro-

sos horizontes de la esperanza y la fe, guiada por la lucerna ideal que en un milagro de optimismo y de amor mantuvieron en alto y siempre vívida, los espíritus de selección a quienes el destino señala en realidad la misión soberana de conducir a las naciones al través del lento y doloroso itinerario humano. Y de esta y no de otra suerte, fueron los postreros homenajes que a su gran poeta rindió México.

De todos los ojos debían caer, cálidas y copiosas, las lágrimas denunciadoras de un dolor sin medida, en presencia de los restos gloriosos de un gran representativo, hermano nuestro. Si incógnitas pupilas habían llorado sobre esos despojos, que surcando mares hasta nosotros fueron conducidos en los brazos amorosos y píos de pueblos de nuestra propia sangre, que venían a confundir con los nuestros sus lamentos, era justo que el duelo nacional no conociera límites. Pero era todavía más justo que a las delegaciones genuinas de pueblos fraternos que llegaban hasta el sagrado de nuestro hogar, en misión cordialísima de condolencia y de afecto, que aun no tiene clasificada en sus complicados cánones la Diplomacia, diéramos a la vez el espectáculo confortante y hermoso, de ser capaces de extraer de las mismas ceremonias luctuosas que en honor de uno de los más gloriosos y extraordinarios exponentes de la cultura mexicana, se celebraran, to-

da la dosis de confianza en los destinos de la raza y todas las luminosas enseñanzas que como licor milagroso y vigorizante, laten y perduran en todas las inspiradas y sabias manifestaciones del hermoso espíritu de Nervo, y que así vibran en las estrofas aladas y canoras que se desgranaron de su lira de oro, como resplandecen en las cláusulas de sus profundas y serenas filosofías, y se desprenden de todas y cada una de las manifestaciones de su vida inmaculada y sencilla, que toda ella fue siempre un poema armonioso de serenidad, y un sostenido y risueño anhelo de envolverlo todo, almas y cosas, en la sonrisa santa de la virtud y del amor.

Había muerto el diligente y célico sembrador, pero nos quedaba como herencia insuperable, la cosecha ópima por él lograda al través de perseverante y reverente labor en todas las praderas morales en que pudo cantar una belleza u oficiar ante el ara de un ideal, integrando así la estupenda obra genial, toda hecha de esperanza y de amor, y que Nervo supo siempre ofrecer generosamente a todos los pueblos de su misma raza, en un poderoso anhelo de llegar a realizar por la concordia, ese señuelo incesantemente perseguido y al parecer cada vez más lejano, de juntar todos los corazones y las voluntades todas, en un cálido y fecundo abrazo de simpatía profunda.

Y si todos los pueblos hermanos que se nos

adelantaron al luctuoso homenaje, que era imposible no se desenvolviera hasta lograr las esplendentes proyecciones de una gran fiesta de belleza y de ideal, así entendieron desde el principio que deberían ser los homenajes rendidos ante la tumba de uno de los poetas continentales que más aspiraron a la perfección integral de todas las colectividades latino-americanas, no podía ser que el pueblo mexicano sintiera al través de otra impresión el solemne y trascendental acontecimiento de proporcionarle reposo eterno, en medio del duelo nacional, al inmenso poeta que acababa de envolverse en las sombras impenetrables y religiosas de lo desconocido. Obrar de otra suerte, hubiera sido disonar lastimosamente en medio de ese arrobador concierto de los pueblos latino-americanos, que de su gesto desolado ante el túmulo del poeta muerto, quisieron hacer la apoteosis del ideal que mereció de éste un culto perenne, reafirmando, en medio de solemnidades sin rival, la urgencia que nos impele a todos los hijos de la misma raza, a ligarnos estrechamente en la empresa de aprovechar todas las trascendentes enseñanzas que nos depare la fecunda vida de nuestros hombres extraordinarios, a fin de consolidar y enriquecer el caudal de los valores morales y mentales que aseguren más eficazmente nuestro progreso como pueblos civilizados.

Por ello fue que la Universidad Nacional de México, penetrada de la gran misión educatriz y civilizadora que le compete dentro del complejo organismo nacional, se aprestó a ocupar el sitio significativo y culminante que le correspondía en los funerales de un poeta que en la misma muerte, habría de tener para su pueblo elocuentes enseñanzas, y sabiendo ya, como sabía, que los barcos de guerra enviados por los pueblos hermanos, se acercaban a nosotros no sólo con la piadosa carga de los restos queridos del llorado poeta, sino también, con todas las ejecutorias de ternura y elocuencia desbordantes, de la embajada de la ciencia y del arte sudamericanos, representados por una falange de gallardos alumnos de la Escuela Naval de Montevideo, que sobre el océano vinieron haciendo guardia de honor al cadáver del poeta, y que traían en sus corazones y en sus labios, un mensaje de simpatía y de alianza espiritual de los estudiantes uruguayos, para los estudiantes mexicanos. Y fue posible la correspondencia moral que venían persiguiendo los mensajeros intelectuales de las cultas naciones hermanas del Sur, gracias a la organización acabada y al período de florescencia de que disfruta, por el perseverante y atinado celo del Ejecutivo de la República, la Universidad Nacional.

Y como era llegado el momento de hacer

patente toda la profunda consciencia y todo el acendrado y lúcido patriotismo con que el C. Presidente de la República don Venustiano Carranza ha aplicado su poderoso esfuerzo en el intento, logrado ya, de realizar el más sincero y afectuoso acercamiento de México con las demás naciones hermanas que palpitan y luchan en la extensión florida del Continente Latino-americano, fue amplio y generoso el apoyo que el Gobierno de la República prestó en todos los órdenes a la Universidad, por acuerdo expreso del C. Presidente Carranza, a efecto de que las ceremonias universitarias que tuviesen lugar tanto en honor del ilustre muerto, como de las delegaciones escolares sudamericanas, ostentaran todo el relieve que correspondía a tamaña y significativa ocasión· Y no hay que desconocer que por ese gesto liberal del Ejecutivo de la República, que invariablemente impulsa todo lo que redunde en prestigio de nuestras letras y de nuestras artes en el extranjero, especialmente si ese prestigio constituye una nueva corriente espiritual de comprensión y simpatía que nos acerque y más fuertemente nos ligue con los pueblos que tienen con nosotros la afinidad del origen, de la historia y del impulso hacia la realización de similares destinos por la identidad de nuestros problemas internos, fué que se logró el éxito más acabado y satisfactorio en el programa que la Uni-

versidad Nacional de México se impuso la grata misión de desarrollar con motivo de los funerales del altísimo poeta y de la presencia de las brillantes delegaciones a ella enviadas por los ilustres centros docentes de la hermana República del Uruguay, escogiendo como nexo de unión a los hijos que ella forma y educa.

Así es que todos los conceptos entusiásticos y elogiosos dedicados por los rotativos metropolitanos a la Universidad Nacional, asegurando, al referirse a los actos que en seguida reseñaremos con toda amplitud, que los mismos podían enorgullecer a aquel alto Instituto, según fue de bello y sorprendente el éxito por ellos alcanzado, no son sino un justo homenaje de reconocimiento y aplauso al Primer Mandatario de la Nación que, consecuente con su patriótico programa de realizar el progreso de México sobre la base indestructible del fomento de todas aquellas disciplinas que concurren a formar el alma de un pueblo, haciéndolo capaz de vivir la alta vida moral que exigen los adelantos modernos, está siempre pronto, por sobre toda amarga y dolorosa preocupación, a otorgar su preferente ayuda a cuanto signifique un adelanto en la cultura general.

Desde la mañana inolvidable que amortiguó sus áureas refulgencias, vistiéndose las gasas grises y frías del desencanto en señal de luto por la muerte del gran poeta que hizo de su

poesía una eterna plegaria de tristeza, musitada entre las brumas llorosas del monacal apartamiento de los meditativos, hasta cuya profunda serenidad no llegan nunca los ingratos estrépitos de las mundanas vanidades; desde la mañana religiosa y quieta que vió pasar a su cantor genial, a su lírico bohemio, pobre y torturado, conducido a la morada postrera con la pompa que corresponde a los grandes monarcas de la tierra, en medio de una muchedumbre de irreprochables y altísimas personalidades en el mundo oficial, en el de la diplomacia, en el de las ciencias, de las letras y de las artes, al son armonioso y múltiple de las dianas guerreras, del agudo canglor de las bélicas trompas, de las sinfonías majestuosas de las músicas marciales que desgranaban notas heróicas, y bajo el estruendo de todo un ejército que con sus banderas plegadas y ceñidas de lazos negros, iba, con el andar acompasado y rítmico de sus infanterías apuestas, con el avanzar impetuoso de sus escuadrones de caballería, con el pesado rodar de sus grandes máquinas destructoras, escoltando el cadáver de quien en vida fue el más dulce y consciente sembrador de ternuras y de amor; desde aquella mañana en que el pueblo todo metropolitano se alineó mudo y lloroso al paso de su inmenso hermano muerto, y se convencieron todos de que la Patria es madre cariñosa y agradecida hacia sus

hijos de elección que han sabido enaltecerla y prestigiarla con sus virtudes y su genio; desde esa mañana solemne del 14 de noviembre en que fueron llevados los restos del glorioso Amado Nervo a reposar en el corazón mismo de la Patria, la Universidad Nacional concurrió al gigantesco homenaje, en la forma trascendente y severa que a su augusta misión cultural corresponde.

El señor Rector de la Universidad Nacional, Lic. don José Natividad Macías, cogió uno de los cinco cordones de oro que pendían del féretro, al ser éste conducido al Panteón, correspondiendo los restantes al Jefe de nuestra Cancillería, Lic. don Hilario Medina, y a los Excelentísimos Representantes Diplomáticos de Argentina, del Uruguay y de Cuba, evidenciando así todo el profundo cariño y la alta estima de las clases intelectuales y docentes mexicanas, hacia el magno desaparecido, que consagró largos días de su fecunda existencia, a depositar en el alma de las nuevas generaciones de su Patria, por medio de dulces y persuasivos artículos pedagógicos, tomando este término en la alta acepción que le corresponde, la más intensa pasión por la belleza y por el arte y el amor más acendrado y puro por el honor y por todo lo que constituye una verdadera gloria y un positivo orgullo en el acervo nacional.

Llegado el suntuoso cortejo a la necrópolis y en el instante de ser inhumado el cadáver en la Rotonda de los Hombres Ilustres, un conspícuo profesor de la Universidad Nacional, el señor Lic. don Ezequiel A. Chávez, de sobra conocido como uno de los más altos representantes de la ciencia mexicana, dejó oír su voz sapiente desde la tribuna que en el mismo solemne acto honrara, entre otros distinguidos oradores, con su elocuencia fogosa e inspirada, el Excmo. señor Ministro de la Argentina, Dr. don Manuel E. Malbrán. Fue la oración del señor Lic. Chávez, a la vez que intensamente emocionada, profundamente conceptuosa, desarrollada toda en el plausible propósito de convertir la conmovedora escena en una elocuente lección para la conciencia nacional. Fue el tercero, el lugar que correspondió a esta joya literaria, de la que después nos ocuparemos en detalle, pues que antes del Lic. Chávez hablaron el señor Capitán de Navío Dr. don Carlos Carbajal y el alumno don Mario Collazo Pittaluga, ambos miembros prestigiados de la Escuela Naval de Montevideo, siguiendo después del representante de la Universidad, el Excmo. Sr. Ministro de la Argentina Dr. don Manuel E. Malbrán, y el señor Lic. don Hilario Medina, Jefe de nuestra Cancillería.

Fue el discurso del Dr. uruguayo don Carlos Carbajal, de una intensidad ideológica que

supo darle soberano y trascendente significado a la conmovedora ceremonia, llevando al ánimo de todos los circunstantes la convicción de que fuera en extremo fructífera la misión de concordia que Amado Nervo supo siempre dar gloriosa cima en todos los países en que vivió. Por eso, el orador, al indicar que depositaba en nombre de los Institutos Normalistas de Montevideo una placa de bronce sobre la tumba del poeta, pudo asegurar con verdad, que ese bronce era la promesa de que los futuros maestros uruguayos sabrían enseñar a los niños de su Patria a venerar la memoria del egregio cantor y amar a la nación hermana que tuvo la gloria de ser su cuna. Evocó en seguida la augusta memoria del gran maestro de la juventud americana, José Enrique Rodó, por cuyas altas enseñanzas, el Uruguay, pequeño geográficamente, es capaz de agigantarse moralmente en el amor de la belleza que persiguen de consuno todos los pueblos de la América Latina. Para concluir, trajo a la memoria el intenso dolor que embargó a todos los habitantes de la República del Plata, al esparcirse la noticia de que el poeta moría, aquel alto poeta que a todos deleitara con las armonías de su plectro, y en honor del cual fueron arrasados todos los jardines de Montevideo, para que manos femeninas cubrieran de flores el augusto féretro...

Habló en seguida don Mario Collazo Pittaluga, alumno prestigiado de la Escuela Naval de Montevideo, produciendo un hermoso discurso, y al hacer también mención a la placa conmemorativa de los normalistas uruguayos, declaró solemnemente que traía un voto de cariño húmedo de lágrimas, de los niños uruguayos para los niños mexicanos, en la ocasión tristísima de inhumarse los restos del que fuera el gran padre de todos los niños latino-americanos. Y dijo: Amado Nervo no ha muerto! ¿Mueren acaso los astros? ¿Ha muerto Rubén Darío? Pues así como Darío vivirá eternamente erguido sobre el monumento de su "Sonatina", Nervo perdurará también en la inmortalidad que le está reservada a sus prodigiosos cantos. Después de hablar de las virtudes características de idealidad y pureza que distinguieron la obra de Nervo, y por las cuales se hizo amar profundamente de cuantos vivieron en contacto espiritual con él, cerró su discurso dirigiéndose al poeta: "Amado os llamábais, y en verdad lo eres por todos mis compatriotas".

El Lic. Chávez, después de narrar en cálidos períodos, las demostraciones de condolencia a que dió margen en todas las naciones de habla española, la muerte del poeta, haciendo vibrar el sentimiento a la par estético, social y religioso, de todas esas colectividades,

hasta convertirse en un himno gigantesco que día tras día, desde aquél en que el tránsito del glorioso panida tuviera lugar, fue envolviendo como en una malla de cariños, de idealidad y de poesía, a todos esos pueblos que nos son hermanos en el común origen y en las mismas aspiraciones de progreso y de gloria, dando al mundo, estremecido aún por la más cruenta y dolorosa de las contiendas de que tiene recuerdo la historia, el más soberano e inefable espectáculo de cordialidad y de amor, expuso con el mayor acierto todas las trascendentes filosofías que encierra la muerte de un hombre extraordinario por su genio, por su virtud y por sus hechos. Afirmó que tenían razón los órficos, que hace dos mil años enseñaron que el cuerpo es la tumba del alma, y que la muerte representa, por consiguiente, el precioso instante de la verdadera liberación, de esa liberación que nos permite fundirnos por la estela de virtud o de ciencia que hayamos podido labrar, en el corazón multánime de la humanidad, concurriendo de esa suerte a la realización del anhelo gigante de perfección que late en el fondo de toda alma humana. Recordó también el gran pensamiento de Maeterlink: "No hay muertos", para afirmar, en un transporte de emoción que a todos subyugó, que Amado Nervo no ha muerto, porque seguirá viviendo con una vida más grandiosa y segura, en el alma

de cuantos se deleiten con la música sutil de sus versos, y reciban la influencia bienhechora de las dulces enseñanzas del evangelio franciscano de sencillez y de amor, que el excelso poeta se consagró a propagar entre todas las gentes. Y es tan cierto que la muerte ha sido para Amado Nervo, como para todos los de su talla espiritual, el verdadero signo de su transfiguración y la cuna de su inmortalidad, aseveró el orador, que no bien se inmovilizó en la quietud sempiterna el eximio cantor, cuando el sistema nervioso del planeta se sacudió incesantemente trasmitiendo a todos los vientos el triste suceso, y millares de bocas incógnitas repitieron el nombre del poeta, y centenares de rotativos multiplicaron sus versos y sus prosas, y en las ciudades y en las aldeas, en los albeantes picachos y en las calladas hondonadas, en las selvas estremecidas y en los cauces mansos de los ríos que desenvuelven sus ondas cargadas de flores, pasó amable y radiosa el alma del poeta.

El pasaje más significativo y elocuente del bello discurso del señor Lic. Chávez, es, sin disputa, aquél en que hizo mención de la actitud comprensiva que la Universidad Nacional de México guarda ante la muerte del poeta, y que es la de ofrecer su vida y su obra como paradigma a las nuevas generaciones nacionales que están urgidas de altos ejemplos

de belleza y de virtud, conforme a los cuales vayan labrando sus particulares idealidades y tendencias, hasta llegar a constituir el alma nacional homogénea y perfecta. Porque la Universidad Nacional, estando penetrada de que los vivos vivimos del pensamiento de los muertos y de que el pasado sólo debe existir y tomarse en consideración, en cuanto nos pueda ofrecer elementos de enseñanza para fecundar el presente y preparar el porvenir; y sobre todo, porque siendo la Universidad Nacional, como todas las insignes instituciones de su categoría, una especie de alambique prodigioso en que se decanta y purifica todo el bagaje espiritual y aleccionador de que van cargados los siglos, aun los más remotos, reviviéndolos y renovándolos en sus valores ideológicos por medio de la milagrosa alquimia de la ciencia, es indefectible que incluya entre sus incansables artífices y sus milagrosos forjadores de voluntades y de almas, al excelso Amado Nervo, que todo él fue en su vida una noble y alta enseñanza, y que en un tiempo, dictó sabias lecciones desde la en otrora prestigiada y benemérita cátedra de Literatura en la Escuela Nacional Preparatoria... Concluyó el orador declarando solemnemente que la Universidad Nacional, se incorpora con el poeta y con las eximias naciones que estuvieron gallardamente representadas en sus funerales, en el sentimien-

to de fecunda unión espiritual, que fue el alma de la obra del gran muerto.

La oración del señor Lic. Chávez fue recibida con visibles muestras de aprobación, suscitando hondas emociones en el inmenso concurso que presenciaba el severo acto.

El Excmo. señor Ministro de la Argentina, Dr. don Manuel E. Malbrán, brillante intelecto y amplio corazón que ha sabido comprender todas las justas aspiraciones de libertad y de progreso que impulsan a México en esta hora solemne de su renovación, fue a la tribuna, y después de manifestar que aun cuando solo se habían anunciado dos discursos oficiales, él hablaría, porque era incapaz, en aquellos solemnes momentos en que todas las almas vibraban de emoción, de dejar que marchara para siempre su gran amigo, sin darle la última despedida. Continuó con cálidas y arrebatadas cláusulas, enhebrando la más inspirada y ardiente improvisación. Entre mil cosas bellas, dijo que hacía apenas un año que Nervo había sido designado para marchar en representación diplomática a la República del Plata, expresando entonces algunos de los amigos del poeta, que lamentaban el que Nervo hubiera sido designado para marchar a un país en donde sólo encontraría personas extrañas. Mas esto era un error, afirmó el Excmo. señor Malbrán, que me apresuro a rectificar, porque la

obra de Nervo era ampliamente conocida y estimada en aquellas regiones, habiendo yo presenciado la cariñosa recepción que se hizo al poeta al llegar a Buenos Aires. Agregó que el poeta se había equivocado al decir en una de sus gallardas estrofas, que el invierno le esperaba y que, por lo mismo, se acabaría su primavera; y se equivocó el bardo, porque para los hombres como él, mayo será eterno. Terminó despidiendo los restos en nombre del Gobierno y pueblo argentinos, dándole él, en lo personal, su despedida y no su eterno adiós al poeta, porque no hay muertos entre los hombres que, como Nervo, sólo dejan la vida para encarnar en la inmortalidad. El bellísimo discurso del Excmo. Ministro Argentino, por su espontaneidad y ternura, casi deshizo en lágrimas la emoción de todos los circunstantes.

Y ya para cerrarse la tumba que en su seno guardará para siempre los preciados despojos de nuestro gran cantor, el señor Lic. don Hilario Medina, Jefe de nuestra Cancillería, en nombre del Gobierno de la República, pronunció un alto discurso en que se refirió a los grandes méritos del noble desaparecido. Dijo que el Gobierno de México, emanado de la Revolución, le había hecho justicia a Amado Nervo, desde el momento en que le había señalado el distinguido sitio que le correspondía, a diferencia de los Gobiernos anteriores

que siempre lo mantuvieron ignorado y oscuro. Y que el mismo Gobierno se complacía en rendirle homenaje al glorioso bardo, que con su muerte había venido a atar los eslabones de la amistad con los países hermanos de la América Española, procurada incesantemente por el actual Primer Mandatario de la República. Declaró que al dar las gracias más sentidas a todos los países latino-americanos que habían concurrido a solemnizar los funerales de Amado Nervo, se sentía hondamente penetrado de la convicción de que todo ello servirá para fomentar los ideales panamericanos de concordia que hagan que todos nos sintamos verdaderamente hermanos. Con la severa y elocuente alocución del Jefe de la Cancillería mexicana, se dió por terminado el acto, que revistió una pompa fúnebre sin precedente, y con el cual se epilogó la serie de homenajes que tuvieron todo el éxito que se requería, gracias a la inteligente organización que respecto de los mismos llevaron a cabo las Secretarías de Relaciones Exteriores y de Guerra y Marina.

Y a la verdad, es justiciero reclamar para los CC. Encargados de los Departamentos de Estado referidos, el más caluroso aplauso por el contingente que llevó cada uno en su esfera, al éxito brillante de este magno funeral.

La Capilla Ardiente

La forma severísima a la vez que de una suntuosidad regia con que se transformó el patio principal del Palacio de Relaciones para instalar en él la cámara ardiente en que fuera depositado el féretro que encerraba entre sus paredes de simbólico roble los restos del poeta, y a donde habría de confluir la expectación reverencial y cariñosa del inmenso pueblo metropolitano, no puede menos que ser objeto del más subido encomio. Al fondo del testero poniente de la fúnebre cámara, entre cuatro gruesos blandones que con el perenne gotear de sus lágrimas de cera inmaculada, al beso crepitante de las flamas, estaban certificando el vivo dolor de las muchedumbres que la invadían, se alzaba el túmulo donde fué colocada la caja mortuoria y cubierta por las banderas de México y de los pueblos hermanos que nos han acompañado en nuestro duelo. Los ricos paños negros con que fueron tapizados muros, pórticos y escalinatas, con una disposición discreta y acertada, daban, en contraste con la albura de todo el recinto, un aspecto de soberana pompa funeraria, que cobraba relieve con las luces que ponían su nota amortiguada de oro viejo entre los pliegues de los negros plafones. Las innúmeras ofrendas flo-

rales, del C. Presidente de la República, de los Departamentos de Estado, de los Gobiernos de las Entidades Federativas, de las Instituciones Científicas y Artísticas, de la Prensa, de los Institutos educativos, de las Colonias extranjeras, de los diversos centros sociales, etc., etc., etc., fueron colocadas en conveniente forma, sin que a ninguna faltara, a pesar de su abrumadora abundancia, el sitio que en su gesto admirativo y cariñoso, venían reclamando. Y la capilla ardiente, por la que desfiló durante veinticuatro horas el pueblo metropolitano, y la organización del cortejo hacia el Panteón, en el que figuró el H. Cuerpo Diplomático, correctamenmente atendido, hacen de alta trascendencia la intervención de la Secretaría de Relaciones Exteriores en los funerales del gran poeta desaparecido.

Los Honores Militares

No es menos significativo y valioso, el participio que a la Secretaría de Guerra y Marina correspondió en los funerales. Debiendo, por su carácter, ser la señalada para organizar los grandes honores militares decretados por el Congreso de la Unión, al ilustre desaparecido, así como para agasajar y rendir galantes muestras de compañerismo y camaradería a las tripulaciones de los barcos de guerra que tocaron

nuestras playas, nunca tan justas ni tan sinceras como en la singular ocasión a que venimos refiriéndonos, en verdad que estuvo atinadísima y eficaz en el desempeño de su cometido, revelándose con ello, así la amplia ayuda acordada por el C. Presidente de la República para que nuestros distinguidos visitantes fuesen atendidos en forma conveniente como el indiscutible espíritu de organización e iniciativa, que caracteriza al C. General de Brigada Francisco L. Urquizo, Encargado de ese Departamento.

Se libraron oportunamente órdenes para que tres jóvenes jefes del Ejército Nacional, a bordo del "Zaragoza", fuesen hasta la Habana a incorporarse a las embarcaciones que traían los restos de Nervo, y cuando aquéllas estaban ya próximas a tocar nuestras playas, salían de esta ciudad hacia el Puerto de Veracruz los trenes militares llevando a bordo las comisiones oficiales encargadas de recibir los restos en nombre del Gobierno de la República, y de transladarlos hasta la Capital, juntamente con los Comandantes, Oficiales, Cadetes de la Escuela Naval de Montevideo y marinerías de los barcos de guerra "Uruguay", "9 de Julio" y "Cuba", que habrían de asistir a los funerales.

Las comisiones militares integradas por jóvenes jefes y oficiales de nuestro Ejército, encargadas de recibir y atender a sus compa-

ñeros los Sudamericanos y cuya jefatura correspondió con toda justicia al caballeroso Coronel Norberto C. Olvera, cumplieron atinadamente sus respectivos encargos, sabiéndose hacer estimar y querer desde el primer momento, de sus nobles camaradas.

Las columnas militares que hicieron los honores al gran muerto, primero, acompañando sus restos de la Estación de Buenavista a la Secretaría de Relaciones, y después, de ésta a la Rotonda de los Hombres Ilustres, estuvieron organizadas con perfecto apego a las prescripciones de la Ordenanza, para casos semejantes, pudiéndose asegurar que la irreprochable disposición de las diversas unidades que las integraron, así como el severo a la vez que avasallante aspecto que ofrecieron durante la parada, fueron la nota que en realidad prestó majestuosidad sin precedente, al cortejo que condujo hasta el Panteón los restos del gran poeta.

....

Las ceremonias literarias y escolares organizadas y patrocinadas por la Universidad Nacional con motivo del gran acontecimiento luctuoso a que hemos venido refiriéndonos, fueron: la Velada Fúnebre en honor de Amado Nervo, efectuada en el Teatro Arbeu la noche del lunes 17 de los corrientes; la Velada Litera-

rio-musical que se llevó a cabo en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria el martes 18, con objeto de recibir los mensajes enviados por los estudiantes uruguayos a los mexicanos, así como las banderas del Uruguay y de México con que desde Montevideo fué cubierto el féretro del poeta y que han sido concedidas como inefable recuerdo de los funerales del prominente desaparecido, a nuestros escolares universitarios, por los universitarios uruguayos; el gran Concierto Musical que la Orquesta Sinfónica Nacional dió en honor de los Comandantes oficiales y Cadetes de los barcos de guerra que llegaron a nuestras playas conduciendo los restos del poeta y que tuvo lugar la mañana del jueves 20, en el Anfiteatro antes citado y la Velada Literario-musical que organizó la Escuela Nacional de Arte Teatral para la noche del mismo día, en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria.

La Secretaría de Guerra y Marina con entusiasmo y acierto que le honran, patrocinó un vistoso y regocijado gallo estudiantil militar, en honor de los dignos militares sudamericanos que nos visitaron, en representación de tres pueblos hermanos, que como los restantes del Continente latino-americano, invariablemente han estado asociados a nuestros regocijos y a nuestros duelos, demostrando así una vez más, con la avasallante elocuencia de los hechos, que

es tan efectiva como indestructible, la alianza espiritual que mantiene en íntima comunión a todas las naciones de origen hispano que en este nuevo mundo, exhúbero y bravío, están representando, al decir de Lugones el estupendo en una de sus aquilinas estrofas, las reservas del porvenir. Tan simpático festival llevóse a cabo con todo éxito la noche del 20 del actual.

La Velada Fúnebre en el Arbeu

Fue ésta, a no dudarlo, la ceremonia culminante y bella por excelencia, de cuantas hubieron de efectuarse en homenaje del exquisito cantor de SERENIDAD. Organizada por la Universidad Nacional de México con el fervoroso celo y la incansable diligencia que demandaban no solamente la eximia y alta figura literaria y artística que trataba de honrarse, sino el prestigio del México pensante de la hora actual, que debería rendir su postrer homenaje a uno de sus más elevados representativos, en presencia de las distinguidas delegaciones de los pueblos hermanos que con anterioridad habían ya realizado verdaderas apoteósis en loor del glorioso desaparecido, respondió con sus halagüeños resultados, a la noble finalidad perseguida y a los constantes esfuerzos que motivara.

Anunciada para la noche del día 17 de los corrientes, en el Teatro Arbeu, dió principio a la hora indicada en los programas que con toda anticipación corrieron impresos en elegantes cartulinas que ostentaban en su parte superior el histórico escudo de la Universidad Nacional, y que fueron distribuídos entre todos los miembros del Cuerpo Diplomático, entre los más connotados representativos de la ciencia, de las letras y del arte nacionales, así como entre todos los alumnos de las Facultades Universitarias. Era invitados de honor y ocuparon las más caracterizadas localidades del gran Coliseo, los Comandantes, Oficiales y Cadetes de los barcos de guerra URUGUAY, NUEVE DE JULIO y CUBA.

En el palco de honor tomaron asiento el señor Ministro de Gobernación, Lic. don Manuel Aguirre Berlanga, en representación del C. Presidente de la República, don Venustiano Carranza, quien a causa de su duelo por la reciente muerte de su distinguida esposa, se vió imposibilitado de asistir; el señor Rector de la Universidad Nacional Lic. don José Natividad Macías, que aparecía a la derecha del representante del Ejecutivo; el señor don Luis Castillo Ledón, Director del Museo Nacional; el señor Lic. don Antonio Caso, Director de la Escuela de Altos Estudios, y algunas otras prominentes personalidades de nuestras cla-

ses docentes. En los palcos restantes pudimos anotar a los Excmos. Sres. Ministro de la Argentina, Dr. Don Manuel E. Malbrán; Ministro de Chile, don Alberto Yoacham Varas; Ministro de Cuba, Dr. don Ezequiel García Enseñat; Ministro del Japón, Barón Fugitaro Otori; a S. S. Dr. don Pedro Erasmo Callorda, Encargado de Negocios del Uruguay; a S. S. don Alonso Caro y del Arroyo, Encargado de Negocios de España, a quien acompañaba el señor don Emilio Moreno Rosales, Cónsul General Español; a S. S. don Luis Parra, Encargado de Negocios de Guatemala, y al señor don Eudoro Urdaneta, Cónsul General de Venezuela, Encargado de los Archivos de la Legación de Colombia, y a otras prominentes personalidades del Cuerpo Diplomático acreditado ante nuestro Gobierno, que positivamente sentimos no recordar. En muchos palcos y lunetas, alternando con las más distinguidas familias de nuestra alta sociedad, ponían su nota áurea los entorchados de las irreprochables casacas de los cultos marinos sudamericanos que fueron al acto como invitados de honor.

Ocupadas ya totalmente a la hora predicha las localidades del vasto coliseo por una lucidísima concurrencia que se sentía posesionada de una honda emoción, dió principio el luctuoso acto. Al escaparse las primeras religiosas notas de la Marcha Fúnebre de la Sinfonía Heroica de Beethoven, ejecutada bajo la batuta del Maestro Julián Carrillo, por la Or-

questa Sinfónica Nacional, ascendió el telón de boca del escenario, dejando descubierto ante los ojos de la emocionada concurrencia, un cuadro que contribuyó a extremar el recogimiento que se hacía palpable por todos los ámbitos de la sala. Sobre fondo negro, se destacaba un gran busto marmóreo del Poeta, de acabado perfecto y el que descansaba sobre un alto pedestal que ostentando en su friso con resaltantes caracteres en medio de ramos de laurel, este patronímico: NERVO, se alzaba al centro de un hemiciclo que contenía en sus extremidades dos grandes pebeteros del más irreprochable corte clásico, en cuyo seno estuvieron retorciéndose durante toda la ceremonia, las llamas auriazuladas de las lámparas votivas que en los tiempos ya idos de las bellas y sagradas ritualidades, iluminaron aromando el recinto sacro de los misterios. Imposible describir el arrobo que dominó a las almas, por las armonías funerarias y el hálito religioso de las resinas preciosas, en medio de aquel ambiente en que era poderosa y casi se corporizaba la influencia espiritual del poeta cuya alma nos fue tan familiar.

Terminada la marcha fúnebre que fue ejecutada con hondo sentimiento por los profesores de la Orquesta Sinfónica, apareció en la tribuna cresponada, el señor Lic. don Alejandro Quijano, profesor universitario en la Facultad de Jurisprudencia y uno de nuestros

más atildados escritores. Con voz clara y bien entonada, que se destacó precisa por sobre la encalmada atmósfera del recinto, empezó a dar lectura a su trabajo: "Amado Nervo — El Hombre", que le fue encomendado por la Universidad Nacional, como al Dr. Enrique González Martínez se le encomendó el de: "Amado Nervo — El Poeta", proscribiendo toda composición lírica, en el acertado propósito de dar preferencia a estudios bien meditados de nuestros mejores literatos, que supieran ofrecer, en síntesis, a la juventud ávida, toda la copia de altas enseñanzas que siempre encierra, como riquísima ánfora, la vida intuitiva y vigilante de un poeta como Nervo.

El Lic. Quijano en un estilo del más añejo y sápido castellano, derrochando preciosas imágenes y, principalmente, haciendo gala de períodos fluidos y fáciles, característicos en los narradores artistas y elegantes, nos descorrió con amor la vida de Amado Nervo, desde los años fragantes de la infancia pasados en los huertos hogareños de la quieta y remota provincia, los de la primera juventud vividos en el frío caserón conventual de Jacona, donde Nervo fue escolar y que depositó en su alma aquel sedimento de religiosidad y misticismo que jamás lo abandonó, hasta llegar en su historia a la plena y ardiente juventud, en que el poeta hizo sus primeras armas en el periodismo de

Mazatlán, de donde llegaron a la Metrópoli, inquietando a los cenáculos literarios, los primeros acordes de su lira, animada de enfermizas y originales emotividades. Narró luego galanísimamente la vida de Nervo como periodista en México y más tarde como comisionado en la misma árdua profesión para recorrer las principales ciudades del Viejo Mundo, en donde el poeta amplió la visión de su espíritu privilegiado, acendró su poesía y fijó definitivamente sus rumbos mentales, hasta el momento en que entró en la delicada vida de la Diplomacia, que precisa, para llenar fielmente los espinosos deberes que le son anejos, una suma de exquisitas facultades de discreción, actividad y talento que en nuestro poeta concurrieron de modo sorprendente. Tocó el orador, con plausible atingencia, la última misión que al bardo tocara desempeñar en los pueblos hermanos del Sur, Argentina y Uruguay, rememorando las noticias de su tránsito postrero y haciendo hincapié en los honores de que ha sido objeto su cadáver a todo lo largo de la América, y lo que ello significa para nuestros destinos en el actual momento histórico que nos toca vivir. Terminó el señor Lic. Quijano con cláusulas inspiradísimas sobre la inmortalidad que le está reservada al egregio cantor, por su constante aspiración de infinito, y el que ya duerme bajo el terrón moreno de su

Patria, al amparo de su soñado epitafio: Pasó haciendo el bien". El culto auditorio quedó visiblemente complacido del bello trabajo del Lic. Quijano.

La Orquesta Sinfónica Nacional ejecutó el Andante Suave de la Sinfonía "Fausto" de Liszt, yendo luego a la tribuna la Sra. Eugenia Torres de Meléndez, grande artista y escritora de vuelos, que tenía encomendada la declamación de algunas de las más inspiradas poesías de Nervo. La inteligente profesora de la Escuela de Arte Teatral, puso a contribución sus reconocidas y ya indiscutibles dotes de gran actriz, haciendo que las poesías por ella seleccionadas, adquirieran al través de su declamación, una intensa vida y una belleza nueva. Este número fue muy elogiado por todos los presentes.

Tras de la Segunda Suite de que es autor el Maestro Carrillo y que la Orquesta Sinfónica Nacional ejecutó bajo su misma dirección, correspondía su turno al número del programa que más poderosamente interesaba al culto auditorio. Se trataba del discurso de Enrique González Martínez. Nadie, en ocasión semejante y debiendo referirse al inmenso poeta que era objeto del homenaje, hubiera podido hablar con más autoridad, amor y comprensión, que González Martínez, de nuestros poetas actuales, es decir, de los que laboran

hoy y laborando representan una tendencia, sin disputa el más grande. No bien se destacó en la tribuna la simpática y distinguida figura del poeta, cuando el silencio se afinó y las almas todas se abrieron para recibir lo que de un altísimo espíritu, iba a decir otro que le era gemelo.

En un estilo diáfano, cristalino, fácil a la vez que dotado de honduras ideológicas, principió el orador refiriéndose a la muerte del poeta, acaecida en pleno triunfo, cuando aun lucía en su frente la gentil corona, ilesa del impío zarpazo del tiempo aleve. Así entró Amado Nervo en el silencio eterno y la paz perdurable, sin malograr su obra, ni soportar a cuestas la inútil y dolorosa carga de una vejez tan ilustre como estéril. Cumplió su prócer destino, y diciéndonos íntegro su mensaje, enmudeció a tiempo. Genio melódico por excelencia, todas sus manifestaciones fueron canoras; su vida toda, no fue sino un prolongado y prodigioso canto, que se rompió al punto de ir a agotarse el motivo inicial y único, pero que parece estar vibrando aún desde los reinos de la muerte. Por artista exquisito, de honda penetración introspectiva, llegó al corazón hosco de los herméticos; por su sentimentalismo aristocrático, su don musical y su fina percepción en las intimidades del amor, ganó el corazón de las mujeres, y por su acento humano,

su sinceridad y su unción, se hizo amar de todos los hombres.

Y así continuó la precisa y luminosa visión de González Martínez, visión de poeta y de poderoso cerebral, descorriendo todos los sutiles aspectos del alma de Nervo, con tal acierto y verdad, que todos reconocían en el decir límpido del orador, el impreciso juicio formado muy atrás sobre la obra del gran poeta muerto; tocando luego el espinoso punto, que trató con gentileza y comprensión, en que aparecen conjugados en la vida de Nervo, el artista eximio y el sembrador asceta de doctrinas encalmadoras y pías consolaciones. Y sin restar en lo absoluto méritos al egregio esteta, el gran artista que también hay en González Martínez, aprobó, mejor dicho, absolvió por comprenderla cordial y lúcidamente, aquella actitud espiritual y mística que hizo de nuestro poeta, ya encumbrado en la vida y en la gloria, un moralista afirmativo y casi dogmático. Y es que Amado Nervo tenía derecho a sentir la urgencia, después de ver cara a cara a la vida, de limpiar su espíritu y su palabra, de no rendir más parias al ritmo, a la retórica, a la técnica, si ellos a nada firme condujesen y solo fueren engaño y vanidad, pues que veía claro su misión de dar a los sedientos de ideal, no el licor ponzoñoso del pecado,

sino el agua limpia que apague para siempre la sed.

¿Y no llegará González Martínez, ya con la lira que dejó en sus manos el gran poeta muerto, a pensar totalmente como él en esta hora de desamparo espiritual para las almas? ¿Tendría razón Amado Nervo en la finalidad que le señaló al arte y a la belleza, en sus más altas expresiones, en medio de las sociedades modernas, necesitadas de altas normas morales y fuertes impulsos hacia la realización de una armonía que las haga felices y buenas, llevándolas hasta el culto excelso de la virtud? Parece que no se está ya en los tiempos en que el hacer poesía y arte, equivalía a entregarse a una inocente y frívola labor, sin más finalidad que la de proporcionar a las almas una emoción de pasajera delectación sin mayores consecuencias para las costumbres de los individuos y de los pueblos, pues hoy en que la humanidad toda se siente estremecida por una fiebre invencible y misteriosa de perfeccionamiento, como resultado fatal del derrumbe incontenible de viejas teorías sociales, bárbaras e inícuas, que en su bancarrota están reclamando el entronizamiento de un esplendente ideal de virtud y de amor, el poeta debe hacer obra bella y obra buena, para que los pueblos que han tenido la vitalidad de producirlos, reciban en recompensa la orientación

y la luz que se desprenden siempre del alma fúlgida de esos elegidos.

Como el trabajo meritísimo del poeta González Martínez, es de una profundidad y precisión imponderables, se resiste a una acertada síntesis y es por ello que desistimos del intento de seguirlo esbozando aunque sea pálidamente, remitiendo al lector culto a las páginas en que ese importantísimo trabajo está impreso.

Todos los concurrentes a tan hermosa Velada, que podemos decirlo con orgullo, tradujo ante los ojos de las distinguidas embajadas sudamericanas que nos honraron con su visita, nuestro amor intenso al poeta que acabamos de perder y nuestro desbordante entusiasmo por la cultura y la belleza, abandonaron el amplio Coliseo de San Felipe, con una honda y grata impresión que hacía mucho no se experimentaba.

La Velada de los Alumnos Universitarios

Organizada también por la Universidad Nacional, tuvo lugar la noche del 18 del actual, en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, la Velada en que los alumnos de la Escuela Naval de Montevideo, ilustre plantel que alberga en su seno a lo más distinguido y valioso de la sociedad estudiantil Uruguaya,

entregaron a nuestros universitarios los mensajes, los álbumes y las banderas de que al principio hablamos.

La concurrencia a tan hermoso acto fue inmensa, siendo incapaz el enorme recinto para contener a todos los que estaban justamente deseosos de presenciar ceremonia de tanta trascendencia para la cultura mexicana y para el espiritual y más sólido acercamiento de los pueblos americanos de habla española.

Tomaron asiento en la presidencia, el señor Rector de la Universidad Nacional, Lic. don José Natividad Macías, teniendo a su derecha al prominente intelectual uruguayo, S. S. el Encargado de Negocios del Uruguay, Dr. don Pedro Erasmo Callorda, a su izquierda, al Director de la Escuela Naval de Montevideo, siguiendo después el Subdirector de aquel Plantel y numeroso grupo de Directores y Profesores de las Facultades Universitarias de México.

Después de una hermosa Obertura ejecutada por la Banda de Policía, dirigida por el Prof. Rocha, ocupó la tribuna el Capitán de Corbeta, Dr. don Carlos Carbajal, profesor de la Escuela Naval de Montevideo, pronunciando un bello y conceptuoso discurso en que habló de la simpatía de los estudiantes sus compatriotas hacia todos los estudiantes mexicanos, teniendo entusiásticas frases de aliento pa-

ra todos los que debemos trabajar en la vital obra de hacer a nuestros pueblos respetables y fuertes por medio del constante cultivo de las letras y demás disciplinas que dan margen al verdadero progreso de una colectividad. Terminado su interesante discurso, el Dr. Carbajal dió lectura a los mensajes de que era portador y que enviaban a sus colegas mexicanos, los alumnos de las Facultades de Derecho y Medicina de la ciudad de Montevideo. También leyó un emocionante saludo de las alumnas normalistas uruguayas, a las normalistas mexicanas. La lectura de estos hermosos documentos, en muchos de los cuales verdaderamente hay elevadas concepciones científicas, y que rebosan fe y ardiente convicción en los gloriosos destinos de la raza hispano-americana, fue recibida en medio de aclamaciones estruendosas por el inmenso concurso que presenciaba el acto.

Para contestar al señor Prof. Dr. Carbajal, fue a la tribuna el Prof. Universitario, Lic. Vicente Lombardo Toledano, teniendo en su sesudo discurso frases de efusivo reconocimiento para nuestros hermanos los intelectuales uruguayos, haciendo resaltar también, con rara precisión, su manera exacta de entender el acercamiento mental de nuestros pueblos, como recurso para llegar a la meta de progreso que ambicionamos, conservando incólume

nuestra independencia como naciones soberanas y autónomas.

En nombre de los Estudiantes sus compatriotas, habló el aspirante Sr. Mario Collazo Pittaluga, haciendo presente a los estudiantes mexicanos, en frases emocionadas y convincentes, el espíritu de concordia que anima a la juventud uruguaya y su decisión de laborar paralelamente con la mexicana, para llegar a consolidar el prestigio que como pueblos adelantados y cultos, tienen bien conquistado Uruguay y México. Leyó también, en medio del gran entusiasmo de los concurrentes, varios cariñosos mensajes de que era portador. Le contestó luego en nombre de los estudiantes mexicanos, el joven Narciso Bassols, quien produjo una inspirada alocución, con rasgos de genuino tribuno, que le fueron muy aplaudidos.

La alocución que en nombre de las normalistas mexicanas y para corresponder al mensaje de las normalistas uruguayas, pronunció luego la señorita profesora Palma Guillén, fue de una delicadeza tan alta, rebosó de una ternura tan inefable y, sobre todo, puso tan de relieve la discreción y el talento de su joven autora, que el público, verdaderamente arrebatado de entusiasmo, tributó una ovación a la inteligente y simpática señorita Guillén.

Siguió después el acto solemne de la entrega de los mensajes y de los álbumes dedica-

dos a Nervo, conteniendo las firmas de diez mil estudiantes uruguayos, la mitad de ellos niños de primeras letras, así como de las banderas uruguaya y mexicana con que fue cubierto desde Montevideo el féretro que guarda los restos del poeta, preseas todas que como reliquia sagrada y valiosísima, los estudiantes uruguayos dedicaron a los estudiantes universitarios mexicanos. Cuatro alumnos de la Escuela Naval de Montevideo, entre abrazos fraternales que llevaron el entusiasmo hasta el delirio, pusieron en las manos de cuatro estudiantes universitarios mexicanos, los significativos objetos mencionados. El Presidente del Congreso Local Estudiantil, declaró que los recibía en nombre de los estudiantes mexicanos, para depositarlos como inestimable tesoro en el augusto Claustro de la Universidad Nacional, a fin de que los reputaran suyos los estudiantes mexicanos de todos los tiempos. Los hurras ensordecedores que con motivo de este acto se lanzaban en loor de todos los pueblos latino-americanos, se prolongaron por largo tiempo.

Iba a cerrarse tan bella y trascendental Velada con la ejecución de los himnos guerreros uruguayo y mexicano, cuando se escapó del seno mismo del inmenso concurso, cristalizando el anhelo general, una voz clara y franca, pidiendo que hablara el Maestro Antonio Caso, que se encontraba ocupando lugar preferente

en el sitial de los Directores Universitarios. La voz que tal pedía, fue subrayada por una clamorosa ovación, por cuanto palpitaba en el ambiente la convicción de que casi era una necesidad que no se alejaran nuestros ilustres visitantes, sin escuchar el verbo de oro del más vigoroso y sano intelecto con que se enorgullece la nueva generación mexicana. Inmediatamente abandonó su asiento el joven Maestro, y se dirigió a la tribuna en medio de una tempestuosa aclamación. La palpitación de gloria que estremecía el ambiente, el recuerdo del gran poeta muerto, los graves problemas en ese momento evocados y que al través de la genial cerebralidad de Caso, adquirían toda su magna proporción, el latido, en fin, del alma latino-americana, que allí golpeaba poderosamente sobre el corazón de todos, hicieron que brotara de los labios de nuestro joven pensador, la más bella y arrebatadora improvisación que jamás hayamos escuchado. Comenzó diciendo Caso: Al poeta exquisito, a nuestro gran poeta que siempre cantó en voz baja, vosotros lo habéis enterrado en voz alta, y por eso sea bendita la gentileza de vuestra gran nación. El poeta de la unción, que gustó de los cielos grises y del medio tono, rió su reir, cantó su cantar, y se fue a dormir. Amado Nervo, el bardo que cruzó por la vida con un gesto augusto de imperturbable serenidad y que amó el silencio

emocionado, nos enseñó que sólo se llega a las entrañas de las cosas, con el corazón, poniendo así de relieve la triste incapacidad de los que pretenden llegar a la posesión de la verdad, con la actitud fría y desolante de los idólatras del cálculo y del sorites. Sólo se puede comprender la vida, modelarla y perfeccionarla, tendiendo a sus arcanos con el alma encendida de pasión. Si Platón escribió en el frontis de la Academia, "Quien no sepa Geometría no entre aquí", fue solo para consignar las bases del conocimiento, que jamás puede llegar a un alto desarrollo, si no se le persigue bajo el soplo de la emoción y del amor. También dijo Platón que los poetas eran las criaturas frágiles, aladas y tiernas, y vosotros nos habéis hecho la merced de traernos a nuestra armoniosa y alada criatura, para que duerma a nuestra vera su imperturbable sueño. La habéis traído en vuestras poderosas embarcaciones de guerra que tienen sus cañones montados, limpios y relucientes, y con ella nos habéis traído efusivos apretones de manos y cordiales abrazos. Que se repitan los viajes, que las comunicaciones entre los pueblos hermanos se multipliquen, que vengan siempre a nosotros vuestras embarcaciones de guerra, aunque no traigan cañones, que no son necesarios, puesto que nos traen amor que aquí es correspondido por nosotros, y que será el que haga

que surjan poderosos y felices nuestros pueblos, bajo la complacencia y la sonrisa de Dios...... Lo transcrito, es un pálido esbozo de la peroración del Maestro Caso, que fue saludado al concluir con las aclamaciones del público puesto de pie, recibiendo abrazos de todos los personajes que ocupaban el sitial de honor y confundiéndose los aplausos a él tributados, con los vítores con que se recibieron los himnos del Uruguay y de México que sellaron esa Velada que hará época en los fastos gloriosos de la Universidad Nacional.

Velada de la Escuela de Arte Teatral

Para no alargar más esta reseña, diremos que la Velada de la Escuela de Arte Teatral y el Concierto dado por la Orquesta Sinfónica Nacional, fueron dos acontecimientos también de muy alta significación literaria y artística. En la primera sobresalieron la bellísima poesía de Miguel Othón Robledo, ese poeta de inspiración poderosa y original que en medio de su desencanto y su tortura va a la vanguardia de nuestra moderna lírica; la oración fúnebre de Villalpando, desbordante de sentimiento y de exactas apreciaciones sobre la obra del gran poeta muerto, y la recitación que de composiciones escogidas de Amado Nervo, llevó a cabo la Sra. Eugenia Torres de Meléndez

con su irreprochable y exquisita manera de declamar.

Concierto de la Orquesta Sinfónica

Con asentar que el Maestro Julián Carrillo seleccionó el programa del Concierto que la mañana del 20 tuvo lugar en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, y que él dirigió la Orquesta Sinfónica que lo ejecutó, basta para llevar al lector ilustrado que tantas veces ha aplaudido sus trabajos, la convicción de que este último fue toda una gallarda manifestación de verdadera belleza artística. Figuraban en la primera parte del programa, obras nacionales que permitieron a nuestros distinguidos huéspedes conocer algo de lo más valioso en la moderna producción musical de México. Hemos citado la Obertura del Andantino de la "SEGUNDA SUITE", así como el Preludio de la Opera "Matilde" y la Berceuse "Stella" de Carrillo, y el maravilloso "Vals Poético" de Felipe Villanueva. La segunda parte se compuso de la magnífica Obertura "Leonora" No. 3", de Beethoven, que a su fuerza de inspiración asocia las delicias de su estilo impecable; de la "Fantasía Húngara" de Liszt, para piano y orquesta, de amplia fogosidad romántica, que tanto hace lucir a nuestro joven pianista Antonio Gómez Anda sus

cualidades de "virtuoso", y, por último, la Obertura de "Tannhauser", de Wagner, ese divino poema puesto al margen de la Opera del genio de Bayreuth, que musicalmente ofrece a la contemplación, con toda su excelsitud dramática, una previa síntesis del poema arrancado a las gestas de los cantores medioevales. Nuestra Orquesta Sinfónica Nacional, con este motivo, dejó en la memoria de los marinos un entusiasta recuerdo de arte.

El Gallo Estudiantil

El Gallo Estudiantil, organizado con todo acierto por la Secretaría de Guerra y Marina, con el exclusivo objeto de ir a saludar en sus alojamientos a los marinos sudamericanos, fue una simpática y resonante demostración de la alegría juvenil de nuestras clases estudiantiles y militares. Formaron cerca de diez mil estudiantes, acompañados de ocho soberbias bandas de música militares, recorriendo la noche del 20 de los corrientes, las principales avenidas de la Metrópoli, yendo ante los Edificios de las Legaciones Sudamericanas, a aclamar a los diversos pueblos hermanos, ejecutando los himnos patrios de cada uno de ellos, y pronunciando fogosas arengas con el propósito de mantener siempre vivo el sentimiento de fraternidad entre todas las naciones latino-

americanas. Cerca de las 11 de la noche del día indicado, llegó la muchedumbre juvenil frente al lujoso hotel en que se alojaban los Comandantes, Oficiales y Cadetes sudamericanos, quienes desde los balcones recibieron el ovacionante saludo de la juventud mexicana, que interpretó sus sentimientos al través de la arrogante y tempestuosa oratoria de León Ossorio, el conocido tribuno popular que arrebata muchedumbres y que en esa ocasión tuvo candentes y briosas cláusulas sobre la libertad de los pueblos latino-americanos. Contestó al orador, muy bellamente, el señor Comandante del barco de guerra CUBA...

Epílogo

Las naciones hermanas que con motivo de la muerte del gran poeta mexicano Amado Nervo, dieron tan hermoso ejemplo de solidaridad, deben saber que la Universidad Nacional de México ha comprendido su noble actitud y se ha esforzado por corresponderla dignamente. A ellas se dirige y en las personas de las brillantes delegaciones a nosotros enviadas, les dice en homenaje de reconocimiento y simpatía: "Cruzando los mares, que arrullan con sus tormentas el delirio de libertad de esta América indomable de nuestros mayores, habéis llegado a nuestras playas, trayendo amo-

rosamente arropados, en las gloriosas banderas de Artigas, de San Martín y de Céspedes, los restos mortales de un visionario excelso que por igual nos pertenece a todos. Porque si Amado Nervo es por el genio un ciudadano del mundo, por el amor y por la sangre es un compatriota de todos los latino-americanos.

El poeta de la Serenidad, que con el acento de las liras de Zorrilla de San Martín, de Lugones, de Darío y de Guillermo Valencia, cantó la grandeza de nuestros veinte pueblos que palpitan y luchan en las tierras paradisíacas que se extienden entre los términos simbólicos del Bravo y del Cabo de las Tormentas, nos ha enseñado con su muerte, que ha tenido toda la magia de una esplendorosa transfiguración, que para los latino-americanos, toda la América India es un inmenso y cariñoso hogar, donde tendremos rosas para nuestros amores, bálsamo para nuestras penas, y fraterna piedad en nuestra muerte. Por eso, Amado Nervo, aunque lejos de sus lares, halló para su frente olímpica, al ser vencida por el sopor del eterno sueño, un materno regazo en qué esconder su postrimer angustia.

Y el amor inefable, la emoción religiosa, la dulce solicitud con que en ausencia nuestra Uruguay y Argentina enjugaron la última lágrima de nuestro inmenso hermano, a cuyo túmulo se acercaron dolientes y llorosos todos

los demás pueblos hispano-americanos, han realizado ya la más estrecha comunión entre naciones de común origen e idénticos destinos, más estupenda que registra la historia. Y lo que no lograran la fuerza ni la astucia, en otros tiempos, realízalo un dulce misionero del ideal que pasó por la vida vertiendo en las almas un tesoro de estrofas empapadas de amor.

México, corresponde a la gentileza de sus gallardas hermanas del Sur, centuplicando su simpatía por todas, y especialmente por las que fueron cunas de Rodó, de Sarmiento y de Martí, inclinándose respetuoso ante los representantes de los heroicos ejércitos que velan por la dignidad de las gloriosas banderas de Artigas, de San Martín y de Céspedes.

¡Hermanos de la América Latina: Fundamos nuestro pensamiento, agrupemos nuestras banderas, enlacemos nuestras espadas, desatemos bajo la gloria del cielo americano el vuelo de nuestras águilas y de nuestros condores, y el espíritu luminoso de Amado Nervo que vivió en una perenne aspiración de armonía y de bien, bendecirá desde su Olimpo el divino prodigio de nuestra unión...

México, 23 de noviembre de 1919.

El Encargado del Departamento
de Extensión Universitaria,
Lic. Miguel Medina Hermosilla.

PIEZAS LITERARIAS PRONUNCIADAS EN LAS DIFERENTES CEREMONIAS

Discurso
del Capitán de Navío Dr. Carlos Carbajal
en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Señores:

LOS institutos normalistas de Montevideo, han querido rendir sencillo homenaje a la memoria del eximio poeta Amado Nervo; homenaje que atestiguase la admiración y cariño que el vate conquistara con las vibraciones de su lira, y las efusiones de su corazón, siempre rebosante de afectos, siempre pletórico de amor hacia los hombres y las cosas.

La modesta placa de bronce, que en nombre de dichos Institutos depositó ante la tumba del Ranida, representa la ofrenda de toda una generación de futuros maestros uruguayos, que en la noble misión del magisterio, enseñará a los niños de mi Patria, a venerar la memoria del poeta y a querer a la Nación hermana que tuvo la gloria de ser su cuna.

Porque si Nervo supo engendrar elevadas

y puras emociones con las suaves notas de su plectro, supo también acrecentar el cariño que hacia vuestro país existía en el Uruguay, donde se repercutía hondamente todo vuestro noble sufrimiento y toda la grandeza de vuestros sacrificios.

Mi patria, país materialmente pequeño por su escasa extensión geográfica, tiene en cambio, el don de agigantarse con los valores morales: En el amor con que mira a los demás pueblos de la América Latina; en la conformación de sus destinos comunes; en la realización de aquellos ideales que cimentara nuestro ensayista en el libro que la juventud de la América Latina erigió en breviario en su espíritu.

Por haber hecho vibrar el alma con sus prístinas composiciones, y por la amistad que profesó al Uruguay, fue tan inmensamente sentida la muerte del bardo. Montevideo, puede afirmarlo, vivió intensamente los últimos días de Nervo. El poeta se muere, repetían las bocas en rictus doloroso y cuando la muerte arrebató a aquel que deleitara con la armonía de sus palabras, a tan selecto auditorio como el que acudió a la sesión Académica que el Ateneo de Montevideo realizó en su honor. La Ciudad del Plata vistió luto y las flores de los jardines casi arrasados, fueron arrojadas por femeninas manos sobre el ataúd que encerraba los despojos.

Hoy ante la tumba abierta en la heroica nación que le vió nacer, coloco este expresivo bronce como tributo que juveniles corazones de mujer uruguaya ofrendan al poeta de la serenidad y del misterio.

Paz en su tumba, y que las alas del ángel protejan su espíritu en el andar de la noche lóbrega.

Discurso del Aspirante Uruguayo D. Mario Collazo Pittaluga

Señores:

LOS antiguos hidalgos españoles solían justificar en una elegante sentencia, la vida pasada entre el ejercicio de las armas y el cultivo de las bellas letras:

El uso de la pluma, decían, no embota la punta de la espada.

Es apelando a este recuerdo clásico, que os podéis explicar, señores, mi presencia en esta tribuna.

Todos los que desenvolvemos nuestra vida a la sombra de esa bandera azul y blanca fraternizamos en el culto de un ideal común, constante y firme, cual es desarrollar el genio autónomo de la personalidad de la nación.

Por eso a la elevada labor cultural de la Escuela, no es ajena la misión del marino; factor eficaz en el esfuerzo de dignificar el alma de la colectividad.

Señores maestros: niños: los nobles maestros, los niños orientales, han querido probar en el bronce imperecedero su dolor...

Deposito sobre la tumba del poeta, en nombre del magisterio, y de la niñez de mi país, esa placa conmemorativa, que expresa en su intención y en su simplicidad el cariño de los niños y la ternura de los maestros uruguayos. Cariño y ternura indefinidos, inmenso, porque el poeta, el niño y la mujer, son tres inocencias que se buscan, se atraen y se aman.

Puro amor de lo ideal que florece en esas flores de bronce, como queriendo tomar la forma de lo que no se destruye más.

Niños mexicanos: Muy lejos, allá por el Río de la Plata, tenéis unos hermanos, hermanos en la libertad, en el amor, en la esperanza; hermanos vuestros de verdad porque sois hijos de una misma madre: ¡América! Porque obedecéis las enseñanzas de una misma maestra: la democracia.

Porque cuando seáis hombres, y vuestros músculos y vuestra voluntad y vuestra inteligencia sean robustos, ágiles y firmes, un solo glorioso destino será el de los hijos de esa gran madre América: realizar el ideal de una civilización fecunda y nueva, superior a todas, graciosa primavera que renovará el mundo.

Aquellos hermanos, son los niños uruguayos, que os envían por órgano de mis labios

su dolor, húmedo de lágrimas, por la muerte de este gran padre de todos los niños americanos.

Señores: ¡Amado Nervo no ha muerto! ¿Ha muerto acaso Rubén Darío? ¿Mueren acaso los astros? ¿No vive Rubén Darío la vida de la inmortalidad, empinado sobre el monumento de "Sonatina", como sobre los dorsos de una columna de granito indestructible, empuñando en su mano, como una espada, el lábaro glorioso del grande entre los grandes de Apolo? ¿No sentimos que su recuerdo, en el alma gigante de las letras, se intensifica más en el decurso de los días, como se intensifica más la esencia herméticamente aprisionada...?

Amado Nervo, el sublime forjador del oro puro de "Hermana Agua", duerme un sueño blanco de gloria, tan blanco como el sueño de la Diana de Gabriel Muñoz, bajo el dosel enflorado de crisantemos de milagros de sus "Perlas Negras". ¡Oh el buzo admirable que no necesitó de escafandra para extraer tan ricas gamas de los mares profundos de la belleza... de los abismos del arte...! ¡Oh el ruiseñor que cantó con notas sortilegas, el fulgor de la naturaleza despertando, como un Dios, que surgiera de tules muy aureos...!

¡Oh, el gran poeta desaparecido, que internándose por los grandes prados odorantes de consuelo del misticismo, cortó las más grandes y fragantes rosas de originales bellezas y per-

fumes como en el seno de un rosal todo pálido, más pálido que el rostro de la novia que en "Presagio", pinta Hernández Catá, aguardando al doncel que dilata...

Señores maestros: Ha llegado el término de nuestro viaje, al depositar para siempre, sobre la meseta de México, el cuerpo querido de Amado Nervo, os digo: os digo con serena sencillez de lenguaje, el idealismo misterioso, el símbolo sagrado que encierra esta tierna demostración de los niños uruguayos, hacia el poeta muerto, os digo, niños mexicanos, que vuestros colegas me han manifestado que esta fraternidad en el dolor, debe ser imperecedera, para bien de la grandeza de América; os digo, en fin, elevando los ojos a la región de los astros donde moran los inmortales, dirigiéndonos al alma del poeta: puedes estar tranquilo en la gloria, tu ideal se ha realizado, el amor a lo eterno femenino que buscásteis en vano durante la vida y tradujísteis en versos, de dulce, triste y filosófica poesía, es floreciente realidad; pues tu ternura, poeta, habita el adorable refugio del corazón de la mujer uruguaya.

Amado os llamábais, y en verdad lo eres por todos mis compatriotas.

Alocución pronunciada por Ezequiel A. Chávez en nombre de la Universidad de México, en el acto de la inhumación del cadáver de Amado Nervo, el 14 de Noviembre de 1919.

LA Universidad Nacional de México, en cuyo nombre tengo en estos momentos la honra de hablar, se asocia a la inmensa manifestación de sentimiento que, desde el instante en que por última vez vió la luz el poeta Amado Nervo, se ha abierto paso al través de la América, para culminar aquí, al borde de la tumba que va a guardar el cadáver del ilustre mexicano hace tiempo ungido por la gloria.

Tal sentimiento, a la par estético, social y religioso, partido del Uruguay como un doliente y hondo suspiro, transformado en seguida en un himno, cada vez más potente y más grande, ha hecho vibrar, días y días,—desde el primero,—los cables trasatlánticos, el sistema nervioso del Planeta; y a la hora en que el mundo se sacude todavía en las trágicas con-

vulsiones de la más grande de cuantas luchas han estallado, está ligando, con extraña y sutil energía, a las naciones todas de habla española, de modo mejor y más firme que como las han unido las largas series de los años pretéritos. Con sobrecogimiento mezclado de pasmo, hemos visto, minuto a minuto, apretarse los nudos de la invisible y fuerte malla que tejen nuestras análogas emociones de arte, nuestra común ansia de ensueño, nuestra idéntica fe en la poesía; y esa malla, inrompible, se engancha hoy a la tumba que si desde el Uruguay se abrió en la tierra mexicana, va a cerrar su herida con el piadoso amor de México, del Uruguay, de la República Argentina, de la de Cuba; mejor aún, del Continente todo, cuyos libres vientos, cargados de armonías, traen ahora cantos venidos de todos los rumbos en honor a Nervo, y cuyos anchurosos océanos, cargados de ritmos, han transportado, desde las lejanas latitudes sobre las que reina la maravilla celeste de la Cruz del Sur, las innumerables flores de ideal y de ensueño, de fascinación y de cariño que en amoroso viaje siguieron a los augustos barcos de la muerte; que se regaron luego por sobre las curvas playas del Golfo, desde Cuba hasta México; que acaban de subir, tras los andantes caballeros de la poesía y de la amistad, nuestras más altas montañas; que han traspuesto con ellos

ayer apenas, la nieve de nuestros volcanes, y que van a derramarse en fin, que están derramándose ya, como una sangre de aromas, ardiente a la par y fresca, en torno del sepulcro de Nervo...

¿Qué pasa, sin embargo? ¿Por qué en nuestro sentimiento, tan hondo y tan justo, se mezcla una especie de oculta alegría?.... Extraño duelo! Sobre el austero ceño de la muerte, jubilosamente radia un placer, agudo y hondo. Es que sentimos todos que el muerto ilustre, que el muerto amado, está viviendo, y que por él nosotros, bajo distantes constelaciones nacidos, nos unimos de repente, gracias a él, y con él y por él nos tornamos misteriosamente amigos.

¿No, mejor hoy que nunca, podemos en este momento, del que a la vez somos copartícipes y espectadores, encararnos con la muerte, para preguntarle dónde está su victoria?

La gran verdad vieja,—que pudimos creer retórica vacía,—sin perder los antiguos, ¡miradlo! está tomando ante nosotros, nuevo significado: cien veces nos dijeron que los sepulcros son cunas: que al llegar a ellos nacen alas con las que, quienes pueden, hasta el cielo vuelan: pero ¿no sentís que hoy esa verdad se ha tornado, aun para los ciegos, materialmente visible?...

...Amado, nuestro Amado, vivía antes, lo

mismo en el Viejo Mundo que en el Nuevo; pero vive hoy más, después de muerto: todo fue que sus miembros asumieran la rígida postura de la eternidad; que ante lo infinito, yertos, se vidriaran sus ojos; que en una suprema actitud de serenidad y de fe, se helaron sus manos; que su corazón cesara de latir, y en el acto repitieron su nombre millares de bocas incógnitas; repitieron sus versos y sus prosas centenares de rotativos; y en cada aldea y en cada ciudad; en cada picacho y en cada hondonada; en las azules cimas de los Andes y en el cauce musical y escondido de los ríos salpicados de flores, pasó la imagen del poeta: ante sus amigos, que insensatos creyeron que nunca más lo verían, y ante quienes jamás lo habían visto. Razón tenían ciertamente los órficos; razón tenían cuando, hace más de dos mil quinientos años, dijeron que el cuerpo es tumba del alma: escapado de su tumba, Amado está entre hombres y pueblos; Amado nos acerca, nos une mejor y más intensamente que como pudo hacerlo mientras, oculto en su cuerpo, vivía.

No pienso, pues, que aquí lo abandonaremos hoy: nadie reposa en su féretro: no sólo Maéterlinck lo ha dicho: " No hay muertos". En cuantos tengamos en el alma la música de los versos de Nervo, lo que él amaba más de sí mismo, su poesía, vivirá, alada y ligera; y

su salmodia en torno nuestro, como un conjuro, hará de él nuestro viviente compañero.

En verdad las tumbas no son para las almas más que el visible signo de sus transfiguraciones: cuando la muerte parece irnos matando, cada golpe de su acero sobre la negra coraza que nosotros creemos que nos defiende y que sólo nos aprisiona, al irla rompiendo nos va libertando. Así lo sintió muchas veces Nervo; así lo dijo, con cien musicales retornelos. Felices nosotros si, cuando nuestra deshecha armadura ruede a la fosa, bella como nunca la luz de nuestra alma vuela en fin a lo alto, tal como ahora vuela, sin duda, la de Nervo.

La Universidad Nacional de México, que sabe bien que los vivos vivimos del pensamiento de los muertos; que, como todas las Universidades, decanta, con milagrosa alquimia, lo mejor de los siglos pasados y, redivivo, lo renueva para que retoñe y se transfigure en las almas; la Universidad Nacional de México, para la que, como para todas sus hermanas, no existe lo pasado sino en cuanto por lo pasado se forjan la anhelada expresión de lo presente y la luminosa y blanca aparición de lo futuro, al incluir a Amado Nervo entre los gloriosos artífices que labran la unión de los hombres, al través de lo pasado y lo presente, para llevarlos a lo porvenir, lo considera suyo, como fue de las escuelas nacionales cuando hacía tam-

bién obra de unión,—la misma santa obra que las escuelas hacen entre todos los hombres y entre todos los tiempos,—enseñando, como él enseñó en nuestra venerada Escuela Preparatoria, el unificante sortilegio de la lengua castellana.

Amigo del poeta, del hoy silencioso desaparecido, de quien, como Víctor Hugo diría, ha venido a hablar ya solamente con la boca de la sombra, sé que, si pudiera verse a sí mismo, como hoy está, en el centro de esta estrella de comunes sentimientos que formamos al agruparnos en torno de su cadáver,—estrella cuyos negros y luminosos rayos se prolongan hasta las más remotas lindes de la América,—se sentiría hondamente conmovido y hondamente satisfecho... ¿Irá acaso, a la manera con que, muerto, es Embajador de México en Sud-América y Embajador de Sud-América en México, irá a ser, como quizá él lo quiere, Embajador augusto de la vida en los profundos senos de la muerte?...

Obra ninguna de cuantas hizo mientras materialmente discurrió por la Tierra, tuvo, en ningún caso, la grandiosa belleza de esta obra de firme unión que, con sutiles vínculos de poesía, está juntando los *disjecti membra* de la América, cuando, desprendidos ya de su humana cárcel los ideales y la fe de Amado, vuelan,

al través del espacio, bajo la fúlgida y pálida lumbre de las estrellas.

Por tal obra, la Universidad Mexicana lo enaltece; y en el sentimiento de alta y fecunda unión que esa obra constituye, con él y con las eximias naciones aquí reunidas la Universidad Nacional se incorpora.

México, 14 de noviembre de 1919.

Discurso del excelentísimo Sr. Doctor Don Manuel E. Malbrán

SE había anunciado que sólo habría los discursos oficiales; pero no puedo resignarme a dejar marchar al amigo sin dirigirle dos palabras de despedida. Mi recuerdo será como esas flores que guardamos en los libros y que, al cabo del tiempo palidecen y se mustian, conservando empero un misterioso y lejano perfume.

Hace apenas un año que Nervo fué nombrado, para marchar en misión diplomática a los países del Plata, y un grupo de sus amigos en amable convivialidad, comentaban con amargura el hecho de que Amado fuera a encontrarse en Sudamérica entre personas extrañas y sin un amigo; pero yo me apresuro a rectificar esas frases, expresando que la obra de Nervo era ampliamente conocida y que seguramente se vería rodeado de un círculo de afectos, porque era poeta, porque era bueno y, sobre todo, porque era mexicano.

Y, efectivamente, puedo dar fe, porque la presencié de la cariñosa recepción que se hizo en Buenos Aires al poeta.

Nervo era un optimista y un vidente y en sus prosas y en sus versos tuvo la clara percepción de los hondos misterios de la vida; pero se equivocó en uno de sus versos, que recuerdo:

"Sé que a mis lozanías va a seguir el invierno
Mas tú no me dijiste que mayo fuera eterno...."

Y se equivocó Nervo, porque para él sí fue eterno mayo. Para hombres como él no existe la muerte y el Sol de la bandera uruguaya y el Sol de la independencia Argentina, debe haber alumbrado sus últimos momentos, cuando quizá veía el águila azteca con sus ojos llenos de infinito.

El comandante del "Nueve de Julio" me decía ayer que durante el viaje no parecía sino que los elementos se hubieran unido para respetar el descanso del poeta, porque, en efecto, "la hermana agua", que cantara Nervo y el "compadre viento", se abstuvieron de mostrar sus iras en la larga travesía y sólo cuando ya Nervo se hallaba en playas de su amada patria tuvieron como un movimiento de desesperación y desencadenaron su ira.

Ya Nervo va a descansar en la sagrada tierra mexicana y su misión lo inmortaliza, porque fue labor de acercamiento hispano-

americano. En la Argentina se le amó mucho, y por eso, al darle la última despedida a nombre del Gobierno y del pueblo argentinos, declaro que mi patria, como ha estado unida a México en sus júbilos, lo está ahora en su duelo.

Amado, os doy la última despedida, y no digo adiós, porque no hay muertos entre los hombres como tú, que sólo dejan una vida para encarnar en la inmortalidad.

Discurso del Sr. Lic. D. Hilario Medina
Jefe de nuestra Cancillería

PERMITIDME que ensalce su memoria y lo reclame para la tierra sagrada de nuestros mayores, después de esa larga peregrinación piadosa en que lo escoltó la majestad de las naciones hermanas, el cariño de los pueblos y la memoria de infinitos corazones, y en que las ondas del inmenso océano mecieron el sueño sin pesadillas del gigante. Alguien ha dicho que su humildad y su modestia no reclaman la grandiosidad de nuestro homenaje; pero yo contesto, que respetando esa humildad, Amado Nervo es el hombre símbolo, el representativo de la raza; que nos pertenece a todos nosotros, y que después de ser mexicano, es miembro prominente de la humanidad intelectual.

"Nervo era el representante de ese gran movimiento espiritualista de la humanidad presente, que como horrorizada y enloquecida por los estragos de la última guerra, vuelve sobre sus pasos y tiende a realizar las for-

mas de vida del pasado. Esas formas reposan en conceptos fundamentales que han modelado la obra de los siglos y de las generaciones, y cada época ha tenido las suyas. El griego hacía consistir el valor de la vida en el equilibrio perfecto de las facultades del ser; bellos cuerpos y espíritus bellos; la tragedia, el templo, la estatuaria griega, son modelos perfectos de armonía entre la concepción y la realización.

"Ya Platón, en su Banquete, exclamaba: "Oh, mi querido Sócrates, si alguna cosa puede dar valor a la vida, es la contemplación de la belleza absoluta."

"......Es maravilloso el eco que encuentra en el espíritu humano una palabra que nos cuenta las dulzuras misteriosas de una vida mejor, llámase ésta la vida del pensamiento, del ideal, o del más allá; y apóstoles sacrosantos que redimen al hombre de las duras realidades de este mundo, son seguramente los seres elegidos, que como Nervo, se han impuesto una tarea y la realizan en la inconsciencia de sus menores actos.

"El había llegado a ese círculo elevado en donde el misticismo encontraba el reposo y la quietud. El quietismo es el reposo, el sueño profundo y dulce, la contemplación de una idea abstracta, o mejor dicho, el anonadamiento del ser en el Gran Todo Universal, la re-

nuncia al esfuerzo personal, la poca fe en la fuerza propia, la convicción de la pequeñez individual. "No somos nada", decía Bossuet; "nos encontramos suspensos entre dos infinitos", exclamaba Pascal; cuánto mejor sería dejarse absorber y dejarse llevar en las existencias desconocidas y misteriosas de la gran Naturaleza, y realizar así la obra prodigiosa de la conciencia universal."

"Hombres como tú son destructores de fronteras, fundadores de la igualdad de los pueblos, artífices de la paz y de la armonía entre los hombres. Hombres como tú, son para la paz sin vigilancia, la amistad segura y confiada, la mano abierta y la ayuda franca. Tu homenaje mejor es el de las hermanas repúblicas que te han amado, y que honrándote a ti, honran a la patria mexicana. Esta honra que ella recoge extremecida en el postrer homenaje que te estaba reservado rendirte. ¡Bendito seas!"

Discurso del Sr. Lic. D. Alejandro Quijano

TENIA entonces, haciendo marco al rostro que siempre fué flaco y amarillo — como de carne abatanada e infundida en marfiles viejos —, una barbilla rala, negra, no muy pulcra. Su faz, así, se parecía un poco a la de esos Cristos "pre-rafaelitas", los de Giotto, los del Cimabué, no bellos, no blancos, sino cetrinos, empapados en tristeza, transflorando el íntimo dolor. Su cuerpo, enjuto, un poco encorvado, se movía con parsimonia. Vestía un tanto estrafalariamente, calzando guantes raros, portando chalecos de colores más o menos primitivos: el verde, el rojo. Su casaca no era, por cierto, un prodigio de corte; no la hubieran llevado ni Brummel ni D'Orsay. Su voz, un tanto monótona, con los dejos y acentuaciones inconfundibles de nuestras regiones del Occidente, no carecía, sin embargo, de gracia, haciendo que escuchada primeramente con cierto recelo, quizás hasta con una leve burla íntima, fuese después ganando el au-

ditorio, haciéndolo suyo poco a poco, hasta vencerlo.

Así, más o menos, lo recuerdo en una de las primeras manifestaciones públicas del poeta. Se celebraban en nuestro Teatro Renacimiento — hace ya diecisiete años —, los Juegos Florales que los alumnos de Derecho habíamos organizado. Fiesta de lujo y esplendor. El salón henchido. La escena llena de muchachas y de flores, haciendo, todas, las flores y las muchachas, corte a una joven reina de real apostura. Nuestro más conspicuo tribuno— hablo , es claro, de Jesús Urueta—pronunciara entonces una de sus elegantísimas obras de arte. De pronto, la sala, en un movimiento curioso, vió aparecer a aquel hombre flaco, acorvado, que con andar vagaroso se adelantaba hacia el proscenio, vestido con su casaca no muy elegante, quizás no muy negra, enfundadas las manos en raras quirotecas. Principió entonces, con esa voz provinciana, monótona pero simpática en su timbre delgado y sonoro, a recitar sus versos, aquellos versos que venían ya de Europa, en donde el poeta hubiera estado unos años; aquellos versos que, llenos de la simplicidad eterna del arte, tenían, sin embargo, una novedad absoluta. Y cuando terminaba:

"......Un poquito de ensueño te guiará
en cada abismo,
un poquito de ensueño......"

el concurso, encantado, esa es la palabra, encantado ya con el poeta y con sus versos, lo aclamaba cordialísimamente.

Este es, repito, el primer recuerdo neto que tengo del artista, como tal. Aquella figura rara, de la cara galilea y vestida estrafalariamente, no encerraba ya, sin embargo, al Amado Nervo de la primera juventud. Escapado, en un arranque que él mismo nunca supo explicar bien, de los brazos de la vida del convento, a la que parecía ir derecho en sus primeros años, era ya del mundo, por más que en él nunca olvidara los principios de una fe prístina, que llevaba enraizada en lo más hondo de su ser. El Seminario de Jacona — ese pueblecillo aledaño a la fértil y noble ciudad de Zamora, la cual parece haber concentrado toda la realidad del viejo "coloniaje" español — le había metido, haciéndolo gotas en su sangre y nervios en su carne, ese espíritu de señoril resignación, de estoica mansedumbre, que, si abandonado un poco durante sus años de inquietud, que vivió la mayor parte en Europa, habría de atraerlo nuevamente, de tirarlo con el imperio de una fuerza atávica, hasta hacerlo, en los últimos años de su vida, el hombre que llega a la cima

"de la montaña augusta de la serenidad"......

* * *

Nervo, nacido en Tepic, centro principal de aquella región que hoy se llama, como en la época de la colonia, el Nayarit, vió deslizarse sus años infantiles en la quietud de la puebla natal, en medio a la minúscula vida provinciana, sencilla, casi arcádica. En el casón paterno, aquél en que la vieja llave cincelada, con

"cautela
conservaba la canela,
el cacao, la vainilla"......;

en aquel casón en que aún se guardaban los tibores, las lacas, los marfiles que allá, siglos antes, trajese del oriente la famosa "nao de la China", pasaron los años de infancia del poeta.

Paternalmente heredara el espíritu sereno, como de remanso. Su padre era hombre justo. Su madre, dulce y cordial, hiciera de vez en cuando, casi a hurtadillas, versos; así nos lo dice Amado en cierta breve nota autobiográfica. Por herencia, pues, fuera bueno y fuera hidalgo; por herencia, quizás, fuera poeta...

El niño, educado así en un vivir casero, de quietud, pasara al Seminario michoacano

Tal vez aquella familia, formada al uso viejo, creyera que el porvenir de los hijos, como en la antigua metrópoli, debiera ir o por el camino de las armas o por la vía de la iglesia...... Y el muchacho enderezó sus pasos por esta última senda.

Jacona, pequeñita ciudad, albergaba un grande y vetusto Seminario. En él cursara Nervo las clásicas humanidades; estudiara latines; ayudar, en las megas mañanas, a la Misa que celebrara un austero fraile. Y el ánima, ya propicia, encastillóse aquí, bajo la dirección y al cuido de graves religiosos, en el amor de Dios; hízose más quieta y recatada; tornóse mística. El misticismo, propincuidad del hombre a lo divino, estado en que, desasido el espíritu de lo terreno tiende su anhelo a un mejor plano, hizo suyo al poeta. Y lo hizo suyo definitivamente. No importa que en las épocas de dudar apareciera el hombre, a través de sus versos, levemente heterodoxo; su alma no dejó de ser nunca mística.

......Sin embargo, la greguería insinuante de los pájaros en los atardeceres, o a la alborada; la juventud, que reclama sus fueros aun dentro de las casas de recogimiento y gravedad, haciendo fiesta en todas las horas; quizás la gota de sangre aventurera de algún antepasado español; tal vez el hecho — él lo dijo en alguna ocasión — de que, en premio a

la seriedad de sus estudios, se le diera un puesto en la biblioteca del colegio, en donde los ojos, ávidos de lectura, apuraran por primera vez el picante de una duda; puede ser que una de estas causas, o juntas todas ellas, determinaran el principio del proceso de liberación del muchacho.

......Y consumado éste, he aquí al hombre, es decir, al hombrecillo de dieciséis o dieciocho años, con las alas abiertas, listo a recibir el halago de todas las brisas, apercibido a vivir la vida......

* * *

Y principió a vivirla. ¿Cómo? Como la viven muchos de los muchachos que tienen, a guisa de preparación, una cultura de humanidades; en el periodismo. E inicióse en "El Correo de la Tarde", allá en mi natío puerto de Mazatlán. Y sus prosas unciosas, y sus versos peregrinos, comenzaron a atraer la curiosidad primero, la atención después.

......El campo se agrandó pronto. El horizonte iba alejándose. Ya la prensa de México reproducía, de cuando en cuando, sus obras. Ya en los cenáculos literarios de entonces — y entonces era, precisamente, la época de la gran bohemia literaria de México — se hablaba de su producción. Y un día, en 1894, Nervo llegó a la capital, lleno de fe, con el ar-

dor juvenil, con la fuerza de los veintitrés años; en la alforja traería, seguramente, poca blanca; en la mente mucha ilusión y mucha poesía......

Comenzó, pues, la pugna. El hombre venía, dije, con entusiasmos; pero los entusiasmos ceden muchas veces cuando, como acontece en las grandes ciudades, no es precisamente acogedor el medio, sino, por lo contrario, enemigo. Las torres de marfil son esquivas; para llegar a ellas precisa una labor constante y de depurada bondad; mas nuestro poeta, tenaz en el empeño, iba venciendo poco a poco. ¿Qué importa que en la lucha dejara unos cuantos pulmones? ¿Qué importa que a las veces, para vivir, tuviese que apelar a poco poéticos menesteres? ¿No desempeñó Shakespeare muy tristes encargos? ¿No fué Cervantes colector de alcabalas? ¿No supieron Milton y Camoens de los horrores de la miseria? Parece ya una verdad incuestionable que el dolor, templando y acendrando el alma, de como fruto la obra más aquilatada y preciosa.

Por ello, tras estas hoscosas pruebas materiales, el triunfo fué haciéndose obra en Amado Nervo. Los periódicos de la ciudad lo acogieron en sus redacciones; los cenáculos le abrieron sus puertas.....

Y en medio de su esfuerzo, vió un día có-

mo la esfinge iba a decirle su palabra. Se le enviaba, en misión periodística, a Europa; a Europa que era, como es y como será aún por luengos siglos, la cima de casi todos los ensueños juveniles.

Allá fué. Su espíritu allegó, en cinco años, el tornasol sin fin de los paisajes, la ciencia de los libros, el arte de las pinacotecas. Recorría, con holgura, o "cabalgando en el milagro", como donosamente dijera él mismo, según el destino se lo deparaba, los diversos países. Francia era para él el hoy, el día que se vive; Roma el ayer, la ciudad muerta a la que hay que dejar. Porque a Nervo no le gustó Roma. Es ésta una de las demostraciones de que su espíritu, medularmente cristiano, no gozaba con las ruinas del paganismo; ni siquiera San Pedro pudo moverlo a la oración. En una carta a un espíritu amigo, fechada en Milán en 1901, refiriéndose al Duomo, al que Gabriel D'Annunzio consideró como un "milagro", decía francamente: "Bajo las naves de esta Iglesia he vuelto a hallar el espíritu de la oración, que se me había perdido en los templos paganos de Roma, sobre todo en San Pedro". ¿Contribuiría a ello el arte ojival de la suprema estructura? Sería una nueva prueba de la verdad hallada por quien dijo que el arte gótico, con sus líneas derechas, con sus flechas tendidas copio-

samente hacia la altura, mueve a la oración, porque él mismo es una oración......

Vivió largamente en París. Gozara entonces, como nunca, la vida. Tomárala en sus brazos con vehemencia, ya encarnada en una brava moza del "boulevard", ya licuada en el oro del "champagne", ya hecha color y mármol en las estatuas o en las telas del Louvre. Gozárala también en la amistad de los grandes artistas, en la fraternidad con Darío, en el contacto amante con todo lo que era, en esos momentos, el alma de la Tierra.

Lustró, así, su espíritu; asutiló su alma, haciéndola toda melodía y amor...... Y de esa alma órfica surgió, en París, una de sus creaciones más grandes: "La Hermana Agua", En ella el gran lírico, en un ancho impulso franciscano, ama la gloria del agua múltiple: la canta en la lluvia y en la nieve, en la bruma y en el hielo. Y la quiere por buena, porque es caridad:

........"Para cubrir los peces del fondo, que agonizan de frío, mis piadosas ondas se cristalizan"........

* * *

Volvió a México. Sus nuevos años en México — sólo tres o cuatro — lo consagraron ante el público. Fué entonces, y ya para siem-

pre, el poeta querido de todos, sentido por todos.

Fué en esos años cuando, movido por nuestras glorias patrias, brotaron, de su pluma y de sus labios, aquellos cantos nacionales, tan hondamente sentidos como los que más pueden serlo, ¡y tan alejados, sin embargo, de lo que hasta entonces era la poesía patriótica! Nervo fué el reformador, el creador, diría yo, de tal poesía como obra de arte. Recordemos su "Raza de Bronce", recordemos su "Canto a los Niños Mártires", recordemos su "Canto a Morelos". En todos, y dentro de una forma de veras original, luce el amor sin medida a la patria y a sus héroes; a tal grado, que ello caracteriza uno de sus rasgos anímicos.

A esta época pertenece el momento a que al principio he aludido, ese primer esplendor del artista ante el público, que desde entonces lo consideró, por la excelencia de su obra tanto como por la claridad y simplicidad de su vida, como hombre y cantor dilecto.

A esta época corresponde, asimismo, la manifestación universitaria de Nervo. No constituida aún, es cierto, nuestra Universidad Nacional, a ella pertenecían, en esencia y aunque fuese como *"disjecti membra"* que dijera Horacio, los institutos que luego la integraron. El alma del supremo órgano educador de la nación, no manifestada aún, latía, sin embargo,

en la vida de esos institutos y en la mente de su fundador, que por aquel entonces, en 1905, dirigía ya, desde su sillón de Ministro, el impulso de cultura que él mismo habría de concretar cinco años más tarde en el cuerpo en cuyo nombre hablo en estos momentos. Y como la Escuela Preparatoria ha pertenecido y pertenece, *per se*, cualesquiera que sean las vicisitudes de su vida, a la Universidad, la cátedra de lengua castellana que Nervo dictó en aquella Escuela, lo constituye en elemento universitario; no siendo, por cierto, sólo ésta la contribución del poeta como cultor didáctico, ya que durante su segunda larga estada en Europa, envió a la Secretaría de Instrucción Pública inteligentes y documentados informes sobre asuntos de educación.

A esta época corresponde, igualmente, la obra constante y entusiasta de Nervo en "Revista Moderna", la afamadísima publicación que de modo tan elocuente habla del arte literario en México, y de la que Nervo, con Jesús Valenzuela, fué por varios años propietario y Director. La Revista, desparecida con la muerte de Valenzuela, fué, durante su vida, exponente el más serio y prestigiado del arte y de las letras mexicanas. En sus páginas se halla cuanto entonces brilló; y en ellas lucen la prosa y el verso de nuestro poeta.

A estos años corresponde, por último, una

modalidad no muy sabida, de Nervo. Trajera, efectivamente, del viejo mundo, prendida, entre los aromas de su civilización, una nueva lámpara en su intelecto. Su inquietud lo lanzaba ahora por la vía de la ciencia; y se dedicó a cultivarla...... como la cultivan los poetas: admirado más lo que queda en la oscuridad que lo que se saca a la luz. Le atraían los experimentos de alta química de Mr. Le Bon; soñaba con los espacios cósmicos. Yo supe entonces cómo pasaba noches enteras en el Observatorio de Tacubaya, atisbando por un ecuatorial el nacer de un mundo, o ansiando lanzarse en la cauda de un cometa. Asistía, también, con asiduidad, a las sesiones de la Sociedad Astronómica, en donde sus estudios llegaron a obtener preciados galardones.

¿Qué quedara en su mente de estos escarceos científicos? Tal vez un mayor desconcierto y una admiración más religiosa ante lo arcano......

* * *

Ingresó en la diplomacia. Tornó a Europa. Asentó en España, como Secretario de nuestra misión. Y allí, en la castellana capital del reino, pasó ya casi todo lo que de vida le quedara.

Durante trece largos años, y en tanto que elegantemente envejecían los oros de su uni-

forme diplomático, el poeta produjo obra copiosa y rica. Seis u ocho libros salieron de su pluma en este tiempo; y con ellos amplió el campo de sus conquistas, extendiéndolas de su país a la vieja metrópoli — que lo admiró sinceramente —, y luego, en una ancha repercusión, a todos los pueblos de la América española, que lo leyeron y lo amaron.

Su vida exterior se desenvolvió, durante este tiempo, igualmente tranquila. Su rostro, que siempre fué flaco y amarillo, como de carne abatanada e infundida en marfiles viejos, no tenía como marco la barbilla rala de los primeros tiempos. Su vestir era sobrio y pulcro. Estrictamente cumplido en el desempeño de sus deberes oficiales, fué entonces, como siempre después, el verdadero diplomático, entendida como se debe entender, como se entiende ya, esta palabra. El diplomático moderno no es ni debe ser sólo el elegante poligloto, adorno de los salones; ni tampoco sólo el austero delegado oficial de una ante otra cancillería. La vida moderna, complicada en extremo, exige del diplomático una manifestación multiforme. Inteligente, culto, de fino tacto, varonil y discreto con los hombres, gentil con las señoras, y lleno, luego, del conocimiento de su país, con el que tiene que estar en íntimo contacto, aún a distancia, y estudioso de aquél en donde está,

el diplomático tiene que ser un hombre de civilización superior.

Y Amado Nervo, que llevaba en el espíritu arte y ciencia y bondad, supo ser un ejemplar representante nuestro. Como que sabía igual redactar una importante nota, llevar a término una difícil plática y concurrir a una selecta reunión. Efectivamente, Nervo, que en su oficina era grave y austero, era en sociedad de extrema simpatía. Conversador interesantísimo, abordaba todos los temas con notoria sapiencia, y resultaba, así, grato a los hombres; y como podía después, en galante discreteo, regalar los ávidos oídos femeniles con un delicado "Madrigal heterodoxo", o con un leve "Sonetino", el hombre iba, constantemente, conquistando voluntades y espíritus.

Por lo demás, supo tener en alto siempre su "penacho". Todos conocéis el episodio...... Recordarélo, sin embargo, en estos instantes en que lo recordamos a él. Colocado en un momento, y por causas que no viene a cuento memorar, en aflictivas circunstancias, el Congreso Español, en un rasgo que por su alteza merece que se le califique solamente como un genuino rasgo español, decretóle una pensión. El hombre entonces, llena el alma de hondo reconocimiento, contestó una nota, noble y sencilla, rehusando el dinero y agradeciendo fervorosamente el ademán. El hecho conquistó, para el

alto cuerpo español, la gratitud no sólo de Nervo sino de todos los mexicanos; y para Nervo la admiración, el respeto que merece el hombre que sabe, en un momento de la vida, rehusar y agradecer, guardar a salvo lo que a salvo debe guardarse, y dar gracias, dar gracias, que es una de las cosas que sólo los hombres superiores saben hacer bien.

* * *

Cuando, el año último, Nervo vino a México, llamado por el Gobierno para ser enviado luego a la Argentina y el Uruguay con nuestra más alta representación, los pocos meses que residió entre nosotros afirmaron más, si esto cabía aún, el respeto, la devoción, la cordialidad que todos sentíamos hacia él. En las fiestas de la patria, en la celebración del día de la raza, en los salones, desplegara pródigamente su cantar. Su espíritu de amistad y bondad derramárase también por todas partes. Fué este breve paso del poeta por su patria un saludo entusiasta, que resulto ¡ay! un eterno adiós.

En una reunión que un grupo numeroso de amigos le ofrecimos para despedirlo, ¡qué palabras de sinceridad y emoción dijo el poeta! Rebosaba amor, en esa tarde, el alma de aquel hombre que se iba de su país rodeado de amor. Yo llego a creer que su espíritu, que había pre-

sentido, que aun había deseado, en ocasiones, la Muerte, se había olvidado, en esa fiesta, de la implacable visitante; y que tal vez entonces, en su país, rodeado de los suyos, el poeta cancelara, allá en lo más hondo, los versos en que antes tradujo su deseo de otro vivir, creyéndose ya en paz con éste. Quien sabe si aquel:

"Vida, nada me debes. Vida, estamos en paz",

no lo sintiera en aquellos días......

* * *

Pero la Inexorable lo rondaba ya. Y llegado apenas a los países del Sur ante los que nuestro Gobierno le acreditara; cuando todavía no se apagaba la cálida acogida con que los más altos espíritus argentinos y uruguayos le habían recibido; cuando resonaba aún en los aires el eco de la voz de Lugones, Ella lo reclamó.

Y he aquí al hombre, muerto ya en su carne, vivo intensamente en su obra, en la estela de su espíritu, que pudo mostrarse, a través de penosas contingencias exteriores, y aun entre el rudo batallar íntimo, fundamentalmente bueno.

Nervo, que había partido de un grave ascetismo que dió pábulo a la melancolía que siempre le fué característica, pasó — ¡cuán pocos no pasan! — antes de amar a la celeste

Beatriz, por el purgatorio del amor terrenal. Y, así, besaba entonces los labios rojos, porque eran rojos y fragantes:

"Gitana, flor de Praga, diez kreutzes si me besas"......

Después, en un plano superior, seguía besando los labios, pero ya no por fragantes y rojos, sino porque besaba a su través el alma que detrás de ellos, y aun en ellos mismos, se difunde.

Místico porque no pudo encontrar en la razón la clave del Enigma, amante por temperamento, fué panteísta: un "poverello" *sui géneris,* que paseó por los cenáculos artísticos, igual que por las salas oficiales o por los estrados elegantes, su psicología complicada y primitiva a un tiempo, su psicología de ingenuo y de supercivilizado.

Heterodoxo un tanto respecto a sus creencias infantiles; interesado en diversas doctrinas esotéricas y aun deseando a veces la serenidad del "nirvana", quiso, sin embargo, a la hora del último partir, oyendo, quizás, en su interior el *agnosco veteris vestigia flamae* del mantuano, abrazarse píamente a la cruz y besar en ella, con labios trémulos, la efigie de Aquel que vino, en un impulso de amor, a absorber y des-

truir el Mal y a llevarnos derechamente hacia el Bien definitivo.

* * *

Las naciones amigas — el Uruguay, en donde finara, la Argentina, en donde estuviera también acreditado, los países todos cuyas aguas besó la hélice que nos trajera su cadáver: Brasil, Venezuela, Cuba — le han rendido y nos han acompañado a rendirle un insólito homenaje, sin precedente en los fastos de América. De todo ello fue él merecedor. No puedo, sin embargo, dejar esta tribuna callando un íntimo sentir. El homenaje cumplido, la magna apoteosis iniciada en Montevideo el 24 de mayo y sellada hace tres días en la Rotonda de los Hombres Ilustres, tiene, acaso, una trascendencia más honda en este instante de la humanidad, que la de un tributo a la memoria sólo de un gran poeta. En estos momentos, que Maeterlinck llama de despertar, en que por diversas causas, efectivas unas, y ¡ay, tan dolorosas!, oscuras otras, inefables, una inmensa ola espiritual anega el mundo, las multitudes reverentes, en un silencio perfumado de alma, han glorificado en el gran muerto, como en un símbolo, cuanto de mejor llevan en lo más profundo de sí mismas.

A modo de un signo espiritual, el místico de "Expectación" — todo él "un acto de

amor", tendido siempre a lo alto en un perdido afán — ha cifrado, un punto, la ingente necesidad humana de amar, de servir, el desgarrante anhelo de saber......

Pueden, pues, los huesos del poeta posar regocijados bajo el terrón moreno de la patria; el ruiseñor fiel le cantará por las noches, con su gorja de oro, el epitafio evangélico que él soñó: "Pasaste haciendo el bien"..... mientras el espíritu, libre, sacia su anhelo clarificado al resol de la Eternidad.

Discurso
del Sr. Dr. D. Enrique González Martínez

NUNCA como hoy se ha impuesto la necesidad de la vida íntegra; jamás como en esta hora de calamidades sin cuento, de fracasos morales inesperados, de crisis amenazantes y pavorosas, ha menester la humanidad que los espíritus selectos le den el contingente de una creación fecunda que habrá de transformarse un día en el ímpetu salvador que restaure lo caído en la universal catástrofe y edifique la nueva morada de paz y fraternidad para los hombres.

Nos abrasa una divina sed de tipos heroicos, con misión precisa, que arrojen su aliento viril sobre la debilidad trémula o que posen su mano sobre el dolor del instante; el mundo se siente ávido de nobles estímulos y de caricias piadosas. Crear al margen del sufrimiento humano, olvidándose del minuto funesto, cerrando los ojos al gemido hondo de la tierra en con-

moción, es sequedad de alma y penuria de amor. Aun lo subjetivo y hermético debe trasmutarse en corriente de dilección, en miel que acendrará la opulencia de los escogidos para ofrendarla en panal a la miseria de los hambrientos; y si la humanidad tiene derecho a vivir, los ricos de bienes morales y los mayorazgos de la inteligencia habrán de renunciar de buen grado a poseer en paz culpable lo que es codicia de los desheredados. Del mundo espiritual, como del mundo económico, habrá de desterrarse el monopolio, y a quien haya tocado en suerte el oro del genio o la preciosa esencia de la virtud, tendrá que hacer partícipes a los otros de sus bienes inapreciables, porque es ley de caridad. El arte debe ir a la vida y mantener de par en par sus puertas hasta que la paz de las almas se afiance. Cuando tal suceda, torne, si le place a su aislamiento, destile en su soledad sus filtros de alquimia, que ya vendrá tiempo en que será forzado a servirlos de nuevo como elixires de felicidad a los hombres. Y así será hasta el día en que reine la inefable monotonía del amor universal.

El gran poeta de hoy, como el vate de todos los tiempos, ha de tener la voz profética y el aliento apostólico, so pena de ser arrollado por la angustia que pasa, y desconocido por los que nada encuentran de común con él. No se gaste en vergüenzas frívolas mientras existan

manos que imprequen y ojos que lloren, porque ha de saber que no hay arte mientras al canto, a la palabra rítmica, al color o a la línea no responda, como un eco simpático, el coro de las almas. La aristocracia del arte es provisoria, mientras los hombres no sean dignos de ver y de escuchar lo que mañana será bien común y belleza de todos.

* * *

Esta ave blanca, leve y misteriosa que hace tres lustros partió del materno nido para volar en otras frondas y encantar la vista de otros viajeros, torna hoy más blanca y mística, enaltecida por la divinidad inmóvil de la muerte, a la selva natal, cuando el bosque siente soplos de huracanes y hay signos siniestros en las estrellas. Este ruiseñor melodioso vuelve mudo; pero su propio canto, en una prolongación angélica, le acompaña. Manos fraternas le traen desde rumbos lejanos a que duerma para siempre en su México amado, y con el eco de sus versos y la bruma luminosa de su bondad tejió red impalpable que envolvió a las aves del tránsito, asoció las armonías dispersas, y un canto sinfónico se escucha en que sobresale el motivo central de su melodía.

Llevó la más noble de las misiones y nos trajo con el morir la más noble de las respuestas. Fué allá donde nuestra fama es de turbu-

lencia y de sangre, a decir que un país donde hay poetas lleva en su seno un germen de redención, y lo que no consiguió el cable, ni logró la prensa, ni pudo obtener la diplomacia, lo realizó milagrosamente el canto armonioso y la palabra persuasiva. La contagiosa suavidad de su optimismo hizo prosélitos, y sobre el campo sangriento de nuestra patria en convulsión, se vuelcan hoy las rosas sudamericanas, y desde las cumbres andinas hasta nuestros volcanes nevados, hay un estremecimiento de admiración y un gemido de razas fraternas.

En pleno triunfo, antes que el tiempo aleve hubiera marchitado la gentil corona—según la frase del poeta,—Amado Nervo, que llenó su patria con su nombre, que forjó por casi tres lustros en tierra española el ritmo de su verso maravilloso, y que había ido, por último, a modular su santa y noble canción a los hermanos de sudamérica, deja este valle de tránsito para entrar en el silencio perdurable y en la paz eterna: destino prócer, porque nos dijo sin reticencias su evangelio de arte y de amor. No dejó la obra trunca de las precocidades malogradas, ni paseó por la existencia la ruina espiritual de una vejez ilustre. Tenía algo que decirnos, y expresó todo su mensaje y solamente su mensaje. Fué su terrenal jornada una lección de vida íntegra en ideal consorcio de pureza y de plenitud.

Genio musical y melifluo en el que todo se resuelve en melodías, arpa de cristal y oro cuyas cuerdas impalpables se estremecen al soplo de la brisa más leve, la peregrinación de Nervo por la vida fué un prodigioso cántico. Sin vacilaciones y sin impaciencias balbuceó los primeros versos de su poema inmortal, y la voz adolescente fué cobrando timbres no escuchados, y los temas fueron adquiriendo cada día más hondura y cada vez mayor gravedad. En los momentos en que el motivo inicial iba a agotarse en su desarrollo sabio y alucinante, calló la voz, y la melodía se prolongó en las almas de los que oían, como una fuga extraña que parece sonar aún desde los reinos de la muerte.

Vió siempre el mundo con los mismos ojos contemplativos, y al través del reflejo inevitable de las cosas que pasan, de los mundanos afectos, de las sensaciones efímeras, su mirada seguía el hilo conductor de su visión espiritual, hilo que, como el Ariadna, supo llevarlo entre las inquietudes y las sombras.

Espíritu selecto si los hay, fino hasta lo inverosímil, delicado hasta llegar a lo noblemente enfermizo, rico de *nuances* como un crepúsculo del valle paterno, despierto y pronto a la emoción más fugitiva, no quiso ser un poeta de excepción. Su exquisitez hablaba, insinuaba o sugería al oído de los hombres el misterio

que, con ser él solo en escucharlo, adquiría virtud propia al transmitirse a cada alma nueva. Por su arte insigne, por su misteriosa alucinación, por su fuerza introspectiva analizadora de sí mismo, llegó al hosco recinto de los herméticos. Por sus matices de sentimentalismo aristocrático, por su don musical, por su verso en voz baja, por su percepción aguda en las cosas pequeñas de la intimidad amorosa, llegó al corazón de las mujeres. Por su palabra trascendental, por su sinceridad humana, por su limpieza de doctrina y por su unción de iluminado, se hizo oír y se hizo amar de todos los hombres.

En su obra hay un raro ejemplo de purificación. No entenderán esto los que se mueven dentro del artificio eterno de los verbales logogrifos y de las vacuidades sonoras; nada podrán saber de estas cosas los que desconocen el saludable ejercicio de auscultar las palpitaciones de la vida; ignorarán esta actitud solemne los que huyen del símbolo, que es de hoy porque es eterno, para caer en el amaneramiento de un preciosismo muerto hace años y años para bien y para nobleza del arte. Nervo limpió su pensamiento y lo hizo diáfano, lustró su emoción y la hizo trémula, purificó su verbo y le dió alas para escalar los montes excelsos y descender a las simas hondas. Hubo en esto una sinceridad rara, un concepto profundo de la

vida y de la belleza, un heroísmo que sólo comprenderán los selectos. Porque renunció a los triunfos fáciles de la embriaguez verbalista y elevó la vida hasta la altura de su sueño, realizó la síntesis de un arte puro e inmortal. Apagó las voces demasiado precisas de su música externa, y cultivó, ya para siempre, la voz eólica de su polifonía interior.

Nervo fué siempre un místico, y si alguna actitud hay sincera y precisa dentro de la vaguedad ondulante de sus poemas, es este misticismo que en la apreciación de su obra es ya lugar común. Si sus primeras manifestaciones de su amor al misterio que se roba a nuestras almas se tildaron de sistemático artificio, fué porque la expresión no había cristalizado aún, ni el espíritu, aferrado a la ortodoxia concreta, había logrado desvanecer las líneas demasiado fuertes de un cuasi ascetismo religioso. La doctrina y el vuelo no corrían parejas en su viaje por el firmamento de la belleza, y en cada ímpetu de las alas, la cuerda resistente del dogma tiraba inexorable hasta producir descensos suaves y aun lamentables caídas. ¿Y no existía, acaso, entre el ascetismo fervoroso de aquellos años juveniles y el hedonismo visual, la seducción optimista de la vida, una antinomia absurda?

Pero rotos los lazos de una disciplina inexorable, lograda la fusión de la vida suge-

rente con el ansia insomne, fusión que prepararon los años rectificadores y consejeros, la poesía de Nervo creció a un tiempo mismo en vaguedad y en perfección, y sin abandonar la tierra de amor, de dolor y de lágrimas, paseó las pupilas por el callado cielo de la noche. Se hizo suavidad, se hizo amor. Son los tiempos fecundos de SERENIDAD.

Más tarde, a fuerza de querer penetrar en el misterio de las cosas, al cabo de tanto soñar y de tanto mirarse el alma, vino el afán de edificar una doctrina, de lanzar al mundo un credo propio. Y el espíritu de Nervo voló, como sedienta golondrina, de la cruz al nirvana, del amor activo a la renunciación absoluta. Un día de tantos, creyó afirmar, y afirmó. ELEVACION comenzó el ciclo que cerró la muerte con EL ESTANQUE DE LOS LOTOS. Yo saludé la aparición del primero de estos libros con palabras que hoy reproduzco porque la última actitud lírica de Nervo ha sido la más discutida:

"No sería Nervo alma selecta y alto espíritu si no experimentara en sus años de madurez esa codicia de limpieza espiritual, de serenidad prudente, de quietud noble y reposada. El que ha recorrido las sendas de la vida y del arte en pos de lo humano que suele ser peca minoso, es raro que no sienta a su tiempo un

ímpetu fecundo de purificación, un ansia noble de fundir y resolver en una sola actitud decisiva su ideal estético y su problema moral. Limpiar el espíritu y limpiar la palabra. Romper con el ritmo que a nada conduce; destronar la rima que nada enseña; abominar de la retórica que es engaño, y de la técnica que es vanidad. Dar a quien tiene sed de ideal, no el licor de perfume ponzoñoso elaborado en la alquimia del pecado, sino el agua limpia que calme la sed de una vez para siempre. Hacer de la poesía no deleite, sino enseñanza; no devaneo frívolo, sino contemplación provechosa.

"Como iniciación de disciplina espiritual, no encuentro objeción justificada contra ese movimiento del alma; pero como realización estética, se corre con seguirlo un grave riesgo: el afán de pulimento que quita asperezas, que borra manchas y destruye imperfecciones, puede dejar la obra limpia de todo, hasta de poesía. Esa labor de saneamiento, como ciertos desinfectantes poderosos, mata los gérmenes dañinos y a veces también al enfermo.

"A mí no me ha desconcertado, como a muchos, el último libro de Amado Nervo. Libros anteriores prepararon este volumen cuyos gérmenes se hallan en varios poemas de SERENIDAD. Tal vez en MISTICAS se encuentran los orígenes lejanos; sólo que de este libro juvenil se halla ausente la realización sincera, y

todo él se resuelve en un artificio que casi siempre encanta, pero nunca convence. Estas filosofías categóricamente afirmativas, hechas en verso, por más libre de tutelas retóricas y estéticas que se les suponga, son poco poéticas. Nuestra intuición nos da con frecuencia formas concretas; pero el arte exige, para hacerlas materia poetizable, que se revistan con los ropajes vaporosos de una imprecisión infinita.

Murieron los *quién sabe,*
Callaron los *quizá*

dice el gran poeta de ELEVACION, y eso equivale a decretar la muerte del misterio. Ahora bien, la Esfinge, sin enigma, es un monstruo absurdo.

"Las páginas de ELEVACION están impregnadas de un deísmo concreto, cristiano, católico más bien. Quizás la ortodoxia tenga reparos que poner, y es difícil que un escrupuloso del dogma pudiera suscribir tal cual estrofa:

Siendo quien es el PADRE: Fuerza y Gracia infinita;
Siendo quien es el PADRE: toda eficacia y
potencia, tu alma libre su voluntad limita;
Dios necesita
de ti!

"Pero haciendo a un lado estas cosas, queda la dificultad casi insuperable de realizar belleza con esos elementos de fe, de esperanza, de caridad en forma de insinuación amable, de consejo piadoso, de amorosa doctrina. Son flamas de amor vivo y no preceptos las estrofas de San Juan de la Cruz; son lágrimas de sangre y no consejos, las contriciones de Verlaine.

"Y he aquí que a pesar de todo, sorteando escollos, salvando riesgos y esquivando obstáculos, Amado Nervo nos da en ELEVACION un libro bello, y es que el poeta de verdad tiene un talismán para todo. Este gran conocedor del *métier,* quiere arrojarlo a un rincón como un trasto viejo; este versificador armonioso, quiere forjar estrofas balbucientes; este poseedor de un alto sentido musical, quiere poner mordaza a la melodía; este adorador del ritmo sutil y milagroso, intenta derribar los altares de su culto y es natural que ni el *métier* desaparezca, ni el verso vacile, ni la melodía calle, ni el ritmo desfallezca. Un alto sentido estético sintetiza y simplifica, y de los cuadros sin contornos de Carrière o de los bocetos de Rodin surge triunfadora la belleza.

"No compararemos este libro de Nervo con otros anteriores. La personalidad es la misma; pero el momento es otro. Es difícil repetir estados emocionales. A menos que la vida se trasforme en una *pose* eterna, la obra surge de

la hora que pasa. Por eso nada es definitivo. Por eso no podremos secundar al poeta cuando dice:

Murieron los *quién sabe*,
Callaron los *quizá*

"Nuestra incertidumbre no acaba ni es bien que acabe nunca.

"En un remanso de su vida, el poeta del EXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO ha experimentado una calma que él juzga duradera y que nos vierte en poemas de fe, de amor y de esperanza. La felicidad tiende a ser contagiosa y el poeta se comunica con nosotros. He aquí las frases que terminan el volumen: Lector: Este libro sin retórica, sin *procedimiento,* sin técnica, sin literatura, sólo quiso una cosa: elevar tu espíritu. ¡Dichoso yo si lo he conseguido!

"Y nosotros, cogidos un instante por la magia del admirable poeta, agradecemos el presente y tornamos, al cerrar el libro, a nuestras viejas inquietudes."

La delicada sensibilidad del poeta adivinó un reproche en mi homenaje, y entonces comenzó una labor epistolar de autodefensa en el dulce tono insinuante y persuasivo que él usaba en sus relaciones íntimas. "Mi libro... me decía en una de sus cartas... no tiene otra mi-

sión que consolar. Sé de muchas almas que han recobrado paz con su lectura."

Más tarde, en su última visita a su patria, en alguno de aquellos festivales cariñosos con que México agasajó a su gran poeta, tal vez recordó el incidente, y vuelto a mí, en voz confidencial, me murmuró al oído: "¿No es verdad que la vida es una serie de afirmaciones, más bien dicho, una afirmación suprema?"

Hoy que lo veo ungido con la augusta majestad de la muerte, seguro en lo que presintió, absorto en su final, creencia; hoy que, como Núñez, en el hondo poema de Darío,

halló al pie de la Sacra Vencedora
el helado cadáver de la Esfinge,

pienso que era él, sólo él quien tenía razón.

... ...

No es ésta la hora del análisis frío ni de la crítica razonada. Veinte pueblos corean las maravillosas estrofas del bardo, y cada espíritu experimenta en sí mismo la íntima resonancia. El artista, el poeta y el hombre, en consorcio mágico, dieron a la obra un profundo sentido humano, y el optimismo sincero de los últimos años del poeta, prendió sobre las cumbres de la inquietud una visión luminosa de esperanza.

Es el instante de la glorificación, y nunca hubo más justo ni más merecido homenaje. Habló a millones de hombres en una lengua de diafanidad cristalina, en un verso de incomparable sonoridad, como arrancado a las cuerdas de un arpa invisible y misteriosa, bajo la luz tenue y fantástica de un paisaje lunar en que dormita el alma del silencio. Reveló las reconditeces de su vida en baja voz, y como la vida era tan bella, fué fascinación y fué ejemplo. Predicó en una dulce sencillez franciscana y sostuvo con las cosas diálogos eternos. Vivió lo bastante para cantar al mundo su poema de belleza y de santidad, y murió a tiempo, cuando su voz había adquirido timbres extrahumanos.

Fué hacia el sur en misión de paz, de amor y de concordia. Dejó en tierra española, flotando al viento, su bandera blanca, y fué a plantar otra en las cumbres australes de América, entre las nieves eternas y el vuelo insigne de los cóndores. Murió en misión de amor; los brazos de todos los pueblos hispanoamericanos se tendieron para recibir la noble frente ceñida de lauros; y el gesto unánime juntó y enlazó las manos que antes se saludaban desde lejos.

No busquemos por hoy el secreto de su numen ni los procedimientos de su arte; no hurguemos en el fondo de su filosofía que no

fué sino un ansia de afirmación definitiva y de serenidad eterna. Que nos baste repetir su canción, impregnada de sutil melancolía y dorada con la sonrisa inefable de su optimismo.

No retardemos ahora el homenaje de mármol. El bosque espera su figura ascética que sobre el césped de esmeralda parecerá una blanca flor de santidad.... Pero antes, demos las gracias a estos nobles huéspedes que a través de los mares nos traen envueltos en sus gloriosas banderas los despojos sagrados de nuestro gran hermano muerto.

Alocución pronunciada a nombre del profesorado de la Universidad Nacional de México, por el Sr. Lic. Vicente Lombardo Toledano.

TODO sentimiento noble y sincero rebasa las fórmulas, que son nomás cánones que impiden el error por defecto, la mezquindad, y que, así mismo, no prescriben la dádiva desbordante por innecesaria para la estricta economía de la vida de defensa. Tal es la fórmula, la ley, y especialmente la ley de las naciones: una moral pasiva acuñada en sentencias y un código de los deberes mínimos que deben realizarse sin menoscabo de las ventajas que la lucha por el propio triunfo legitima ante todos los ojos.

Así se conducen generalmente entre sí los pueblos: ahorrando el entusiasmo cristiano y devolviendo cortesía por cortesía, extrañamiento por extrañamiento, frase por frase. El talión encabeza las hileras impresas de las bibliotecas de los institutos internacionales y de los despachos del Estado, a pesar de los compromisos solemnes, magüer las manifestacio-

nes ocasionales de las muchedumbres al servicio del poder público que prepara, fomenta y hace surgir los juicios colectivos.

Mas, por ventura, en ocasiones acontece que gobiernos y pueblos se dirigen mensajes no establecidos en las normas internacionales; se envían embajadas que sobrepasan con mucho la cortesía de la belleza formal, puesto que llevan los emisarios en sus espíritus, que para nada han menester del protocolo del vestido o del discurso, un recado íntimo de fácil expresión: "Henos aquí; nuestro amor hacia ti nos trajo y tu amor hacia nosotros será la respuesta que habremos de llevar para decirla a quienes nos esperan"...

Tales saludos recuerdan las cartas de los amigos, de la madre, de los hermanos; las cartas que por encerrar tesoros está penado el violarlas. Recuerdan también las misiones de los que gastaron sus plantas enseñando el valor creador de la fe religiosa; de los que apostrofaron a los poderosos para hacer más humana la lucha de los hombres; de los que perdieron hacienda y recompensas realizables en dinero por afirmar en los espíritus el concepto de la libertad individual y política; y hacen patente el triunfo de quienes soñaron frente a las sonrisas enervantes de los satisfechos de su animalidad satisfecha, en el amor como único motivo de la acción humana, y en la simpatía co-

mo la sola consejera de nuestra conducta y como un remedio para mantener siempre joven la voluntad de nuestros corazones.

Una embajada así, una visita que habrá de concluir para siempre la cruzada de amor que todos hemos emprendido, nos envían ahora las repúblicas del Plata y la del Mar de las Antillas: una escuadrilla de naves de guerra conduciendo sobre las aguas del océano, a un poeta muerto, cubierto de flores...

¿Puede darse espectáculo más bellamente significativo que éste de hermosa contradicción? ¡Buques de guerra conduciendo el cadáver de un poeta, cubierto de flores; un poeta y un hombre que amó de las batallas su ausencia y que sólo admiró quizás, de los navíos destructores, el sortilegio estético de sus masas en marcha y el himno móvil de sus penachos de humo!...

* * *

Avanzamos en la conquista de nuestra propia felicidad, puesto que hemos empezado al fin a comprendernos, y ya que comenzamos a sentirnos iguales por llevar en nuestras venas una misma sangre ardiente. Nuestros saludos tienen, por esto, la conmovedora efusión de los saludos de reconocimiento de quienes distanciados por la tarea individual de labrar

su propia casa, sólo se conocen por las crónicas comunes del pasado, en cuyas páginas muchas veces se unieron sus nombres con idéntico cariño y con el mismo entusiasmo. Por esta razón vuestra visita, señores, ciudadanos de la América española, tiene para nosotros el encanto sincero y trémulo, de un abrazo de hermanos...

* * *

La Universidad Nacional de México creada por una necesidad urgente de civilización, es decir, por una necesidad de coordinar los esfuerzos dispersos de cultura, de harmonizar la obra de la educación superior, de ensancharla y dirigirla, comprendió desde el primer momento de su existencia, que su propia misión no habría de lograrse cabal y noblemente, sino cuando ella misma se dispusiera a fundir sus anhelos en los propósitos de los institutos análogos de América, cercanos a nosotros más que ningunos por razones que son fáciles de colegirse.

Y desde entonces la Universidad ha vivido, pues que ha relacionado su esfuerzo al esfuerzo de sus congéneres; y así, no nos son extraños los triunfos de la Universidad de Montevideo ni las conquistas de la de Buenos

Aires, ni los discursos de amplia resonancia que surgen de la cátedra de la Habana, ni las defensas científicas, y por ello altísimas, que en pro del respeto humano y de la mejor comprensión de los pueblos débiles, realizan Columbia y Berkeley, San Francisco y Harvard.

La Universidad Nacional de México ve en todas ellas a sus mejores amigos y a sus mejores colaboradores. Los juicios que sobre nuestra civilización y nuestros problemas formulan constantemente los gobiernos, las instituciones públicas y aún los simples ciudadanos de otros pueblos, no siempre están, desgraciadamente, de acuerdo con la realidad; no en todas las veces esas afirmaciones se ajustan a la verdad estricta; y es que tanto las apreciaciones como los postulados que norman la conducta interesada, toman tan sólo en cuenta para ser, las conjeturas sin prueba, la opinión sin arraigo en la vida de los hechos, o bien la pasión que desnaturaliza el mecanismo causal de los fenómenos, para satisfacerse a sí misma. No en balde reprobó Platón como falsos conocimientos, en la escala de su dialéctica, a esos grados de investigación, visiones parciales de la verdad que engendran, por tanto, acciones sin importancia creadora, que redactan códigos jurídicos y morales en cuyas páginas ni la verdad campea ni alienta la virtud.

Los juicios de las instituciones y de los hombres que pudiéramos llamar "inactuales", son, en cambio, precisamente por su naturaleza inconfundible, fallos sinceros que se acercan, a las veces, a la respetabilidad de lo definitivo. Y de esta verdad sin perfiles de interés sujeto a la cotización de las pasiones, surgirá más tarde, o desde luego, en la conciencia pública, la opinión ya ilustrada, la rectificación al juicio anterior, y, finalmente, el amor internacional como resultado de una inteligencia internacional.

La Universidad Nacional de México ve, por esta causa, en las universidades de América, a sus más leales amigos y a sus mejores colaboradores en la obra que se ha propuesto de forjar el alma de la Patria. Así decidlo en vuestras casas, ciudadanos de las repúblicas de América; decid que en México quienes pensamos y amamos con amor real nuestros propios dolores y acariciamos nuestros ensueños, hijos de nuestra voluntad que moldea nuestros espíritus en lo que tienen aún de informes, amamos y sentimos con el amor y la pasión de quienes pretenden realizar su propia dicha. Decid que los catedráticos de la Universidad Nacional de México os han confiado este lacónicc mensaje para que lo cumpláis vosotros mismos y para que los maestros de vuestras universidades realicen la petición que encierra:

"México necesita que se le juzgue a la luz de la verdad. Está labrando ahora mismo, en medio de sus cruentos dolores, su porvenir definitivo. De América solicita pues, amor para su causa y comprensión para su conducta siempre sincera y siempre noble"...

Alocución de la Srita. Palma Guillén.

LA Escuela Normal para Maestras, cuya representación traigo a este recinto, se honra en recibir de las manos que custodiaron el glorioso polvo mortal de Amado Nervo, el mensaje que le envía el Instituto Normal para Señoritas, de Montevideo.

Este mensaje es para nosotras como un bello hallazgo en un camino, o como un llamamiento amigo en la tarde cuando por la senda abierta no se esperaba, sin embargo, a nadie... Lo acogemos con un hondo temblor espiritual. Sabemos ahora que se piensa en nosotros y en nuestros dolores allá, lejos, junto a las aguas vivas del Plata, en regiones que la distancia hiciera, hasta ayer, casi irreales... y estamos contentas porque la vida se nos ha hecho de pronto más rica. La vida es más rica, más buena, más bella todos los días. Se saja a sí misma en cada hora y se nos dá, en cada hora, en un nuevo don. Hoy se llega hasta nosotros en la yerba humilde que no sabíamos bella, mañana en las piedras ásperas, en los montes

que la tarde envuelve en la suntuosidad ritual de sus terciopelos, en los campos abiertos, en la gran luz de arriba... Esta vez se nos entrega en su forma la más alta, hecha pensamiento y emoción en un mensaje de simpatía humana, porque es un mensaje de simpatía humana, una palabra honda y cordial, ésta que suena en el coro que acompañó por sobre el profundo mar a nuestro poeta muerto.

El Universo entero no existe sino para aquel que lo acoge y le dá un sentido dentro del infinito de su vida interior. En tanto que las cosas no se hacen carne y sangre de nuestro ser, no son, de tal manera que podría decirse que nacen en nuestro espíritu las criaturas. Para nosotros ha nacido hoy una tierra nueva. ¿Qué sabíamos nosotros aquí, en nuestro valle sacudido de catástrofes, de la lejana República Oriental del Uruguay? Qué sabíamos del país remoto, remoto y bello como país de cuento, con sus ríos anchurosos y profundos y sus vastas llanuras soledosas? Qué sabíamos de la República Argentina, fuera de la larga paz de sus pampas y de su cielo de hondo añil, caro a Lugones? Ciertamente, nos habían hablado mil veces de las Repúblicas de Sud América, dichas siempre hermanas, de la magnífica grandeza de su suelo y de su ambiente propicio al pensamiento y al ensueño. Desde el punto de vista de la geografía de nuestras escuelas las

conocíamos muy bien... Pero sólo ahora sabemos de ellas realmente. Sólo ahora entran con claros perfiles en la plena luz, los países remotos y vagos como países de cuento, y sentimos ahora que existen realmente, que están con nosotros, y los amamos porque saben velar sus armas y cruzar el mundo en misión de amor con los ojos en alto como el Quijote. La Escuela Normal para Maestras de México quiere que su hermana del Uruguay reciba de ella como símbolo de este acercamiento espiritual, la obra completa del poeta Nervo en quien las Repúblicas Orientales amaron a México; y se la enviará si no es posible hacerlo por el mismo ilustre conducto que hoy le trae su salutación, por medio del Señor Encargado de Negocios del Uruguay en México. Entretanto yo ruego a nombre de mi Escuela a los marinos que velaron con sus armas a nuestro Nervo, que digan a los que nos envían su mensaje de amistad, que lo acogemos con un hondo temblor de conciencia y que corremos con las manos tendidas por la senda que teníamos abierta, hacia el bien que llega.

México, noviembre de 1919.

Para Amado Nervo

Como gota de lluvia que retorna a su fuente;
como va hacia las nubes el incienso ferviente
y los ecos marinos al muerto caracol,
así tú, refugiado en lo azul de la veste,
retornaste a tu patria virginal y celeste,
entre un canto de alondras y un incendio de sol.

Y tu sombra la vieron, sin pavor, las montañas,
ascender en un vuelo misterioso y audaz,
mientras Pan sollozaba en sus líricas cañas
y en la tierra quedaba tu perfume no más.

Sacerdote del himno y la Eterna armonía,
fuiste humano lucero, y tu verso tenía
la pureza de un ramo de nupcial azahar;
y meciendo tus alas en el éter, osabas
acercarte a los astros, y hasta el sol, y cantabas
como cantan los mirlos en el viejo pinar.

Fuiste claro trasunto de las cosas del cielo;
en tus libros, cantaste los misterios del vuelo,
de la flor, del plumaje, de la luz, del cristal;
en tí estaba el secreto del arcano Fecundo,
y nostálgico de algo, te alejaste del mundo
cual se aleja el aroma del florido rosal.

Ya no más las canciones brotarán de tus labios
socráticos y amables; taumaturgos y sabios
hablar del Ensueño, del Amor y del Bien;
mas América toda con unciones supremas,
ya recita tus blancos y triunfales poemas,
en su seno de madre reclinada tu sien.

Lo remoto y distante, tu conciencia atraían,
y tus ojos, cerrados, en la sombra veían
los fantasmas eternos de la muerte y de Dios,
y en un claro momento matinal, te nos fuiste
silencioso y sonriente; pero siempre muy triste,
tras la huella de un astro, de las nubes en pos.

Mas no has muerto, Poeta, que tu espíritu grato
a los dioses, encanta nuestro tedio insensato
y en la humana tristeza es remanso de luz;
tú presides la vida, más allá de la muerte,
como que eres el justo, como que eres el fuerte,
amador de la espina, del guijarro y la cruz.

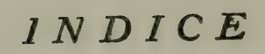
Sobre el odio, proyectas tu figura de Cristo
constelada de suave resplandor imprevisto,
coronada de nardos, de jazmín y laurel,
y a la diestra del Padre y con Luis de Baviera,
ves pasar los Zodiacos y la blanca Quimera
recitando sonetos o puliendo un rondel.

Las palomas arrullan por tu eterno descanso
y tu espíritu finge en la pena un remanso
mientras duermes, y velas, en la eterna quietud;
y entre tanto, nosotros, con el alma contrita
añoramos lo dulce de tu musa bendita
y el sonoro concierto de tu pulcro laúd.

Como gota de lluvia que retorna a su fuente;
como va hacia las nubes el incienso ferviente
y los ecos marinos al muerto caracol,
así tú, refugiado en lo azul de la veste,
retornaste a tu patria virginal y celeste,
entre un canto de alondras y un incendio de sol.

México, 16 y 20 de nov. de 1919.

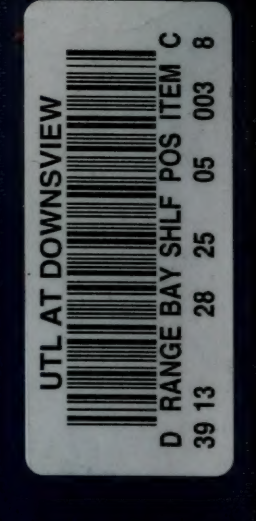
OTÓN ROBLEDO.



INDICE

Págs

Acabóse en la Imprenta Franco Mexicana,
el 31 de Diciembre de 1919. Hízose
bajo el cuidado de la Librería
Cultura, Jesús Carranza, 5.


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 13 28 25 05 003 8